

LA ROCA ETERNA

JESÚS,
LA ROCA FUNDAMENTAL
DE SU IGLESIA

OTRO FUNDAMENTO NADIE PUEDE PONER
QUE EL QUE ESTÁ PUESTO,
EL CUAL ES JESUCRISTO.

1 CORINTIOS 3:11

OSVALDO REBOLLEDA

LA
ROCA
ETERNA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I: EL FUNDAMENTO DIVINO

Capítulo uno:

El problema del fundamento actual.....	10
---	-----------

Capítulo dos:

Sobre esta Roca edificaré.....	15
---------------------------------------	-----------

Capítulo tres:

La revelación del Padre.....	20
-------------------------------------	-----------

PARTE II: LA ROCA ES CRISTO REVELADO

Capítulo cuatro:

El Hijo del Dios viviente.....	26
---------------------------------------	-----------

Capítulo cinco:

El ungido de Dios.....	31
-------------------------------	-----------

Capítulo seis:

Doctrina Vs. Revelación.....	36
-------------------------------------	-----------

PARTE III: LAS PIEDRAS VIVAS

Capítulo siete:

La Iglesia como edificio espiritual.....	42
---	-----------

Capítulo ocho:

El propósito corporativo.....	47
--------------------------------------	-----------

Capítulo nueve:

El Espíritu Santo y el propósito común.....	52
--	-----------

PARTE IV: EL CONOCIMIENTO QUE SOSTIENE

Capítulo diez:

El conocimiento interior de Cristo.....58

Capítulo once:

Las pruebas revelan el fundamento.....63

Capítulo doce:

Los que conocen y los que solo siguen.....68

PARTE V: LA CONFESIÓN QUE EDIFICA

Capítulo trece:

La confesión que nace de la revelación.....74

Capítulo catorce:

La voz de la Iglesia en la tierra.....79

Capítulo quince:

Confesar en medio de todo conflicto.....84

PARTE VI: LA IGLESIA QUE PREVALECE

Capítulo dieciséis:

La puerta del Hades.....90

Capítulo diecisiete:

La Iglesia para vivir no para exhibir.....95

Capítulo dieciocho:

El impacto de una Iglesia bien fundamentada.....100

Conclusión106

Reconocimientos.....110

Sobre el autor.....112

INTRODUCCIÓN

“Volver al fundamento”

***“Jesús les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?
Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo
del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús:
Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te
lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los
cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta
roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no
prevalecerán contra ella.”***

Mateo 16:15 al 18

En un tiempo donde todo parece moverse, redefinirse y adaptarse, la Iglesia de Jesucristo enfrenta un desafío silencioso pero determinante: la pérdida del fundamento.

No se trata de una ausencia visible. Las congregaciones siguen reuniéndose, las estructuras continúan funcionando, los mensajes se multiplican y la actividad religiosa no se detiene. Sin embargo, en medio de todo esto, surge una pregunta inevitable, una que no puede ser ignorada sin consecuencias eternas: ¿Sobre qué está siendo edificada realmente la Iglesia?

Porque no todo lo que se levanta en el nombre de Cristo está necesariamente fundado en Él.

A lo largo de la historia, el hombre ha demostrado una tendencia constante: sustituir lo esencial por lo accesible, lo eterno por lo inmediato, y la revelación divina por la comprensión humana. Y la Iglesia no ha sido inmune a este peligro. Con el paso del tiempo, lo que comenzó como una revelación viva puede convertirse en una doctrina repetida; lo que nació del cielo puede terminar siendo sostenido por el esfuerzo humano. Pero el diseño de Dios nunca cambió.

Cuando el Señor declaró: ***“sobre esta roca edificaré mi iglesia”***, no estaba estableciendo una institución basada en ideas, tradiciones o sistemas. Estaba revelando un principio eterno: “la Iglesia solo puede ser edificada sobre una revelación divina de la persona de Jesucristo”.

Esa roca no es un concepto, ni una estructura, ni una experiencia emocional. Es una certeza interior impartida por el Padre: Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Allí comienza todo, y fuera de allí, todo termina debilitándose, tarde o temprano.

El apóstol Pablo lo comprendió con absoluta claridad. Escribiendo a los corintios, afirmó que había puesto el fundamento como perito arquitecto, pero inmediatamente aclara que nadie puede poner otro fundamento distinto del que ya está puesto, el cual es Jesucristo. No un Cristo teórico, no un Cristo aprendido de otros, sino el Cristo revelado por el Espíritu.

Esto nos confronta con una verdad que no siempre queremos enfrentar: es posible estar dentro de la Iglesia y, sin embargo, no estar edificado sobre la Roca. Podemos participar, servir, enseñar, incluso liderar, y aun así carecer de un conocimiento verdadero y profundo de Cristo. Un conocimiento que no proviene de la carne ni de la sangre, sino del Padre.

Y cuando llega la presión, la prueba, el conflicto o la oscuridad, lo que está edificado sobre lo humano se resquebraja, mientras que lo que ha sido establecido sobre la revelación permanece firme.

Este libro nace de una convicción: “la necesidad urgente de volver al fundamento”. No a una doctrina más, ni a un énfasis pasajero, sino al centro mismo del propósito de Dios: “Cristo revelado en el corazón de su Iglesia”.

Aquí no encontrarán fórmulas para el crecimiento, ni estrategias para el éxito ministerial. Tampoco un intento de impresionar con conceptos complejos. Lo que sí encontrarán es un llamado, claro, directo y necesario, a examinar sobre qué estamos edificando nuestra vida, nuestra fe y nuestro servicio a Dios.

Porque la Iglesia no es un adorno en el mundo, sino una edificación viva. No existe para ser observada, sino para ser usada por Dios. No se sostiene por lo visible, sino por lo invisible, y ese invisible tiene un nombre: “Jesucristo”.

A lo largo de estas páginas, exploraremos juntos qué significa que Él sea la Roca, cómo esa revelación es impartida, por qué define los límites de la Iglesia, y cómo una vida fundada en Él no solo permanece, sino que prevalece contra toda oposición.

Pero este no es solo un libro para ser leído, es una invitación a detenernos, a examinar, a volver. Porque al final, no será la cantidad de lo que construimos lo que determine su valor, sino el fundamento sobre el cual fue edificado. Y ese fundamento, no puede ser otro que Cristo.



PARTE I

**EL FUNDAMENTO
DIVINO**

Capítulo uno

EL PROBLEMA DEL FUNDAMENTO ACTUAL

La Iglesia de Jesucristo en este tiempo se encuentra enfrentando una de sus crisis más profundas, no necesariamente por persecución externa, ni por falta de recursos, ni siquiera por ausencia de actividad, sino por algo mucho más silencioso y a la vez más peligroso: la pérdida del fundamento. Porque se puede tener movimiento sin dirección, crecimiento sin solidez y multitudes sin revelación, pero nada de eso constituye edificación verdadera delante de Dios.

Vivimos en una generación donde la Iglesia ha aprendido a hacer muchas cosas, pero ha olvidado ser lo que fue diseñada para ser. Se han perfeccionado métodos, se han desarrollado estrategias, se han levantado plataformas, pero en muchos casos todo esto ha sido construido sobre bases que no provienen de la revelación del Padre, sino de la imitación de modelos humanos. Y lo que no nace de Dios, aunque lleve Su nombre, no puede sostener lo que Él desea edificar.

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca”.

Mateo 7:24 y 25

En estas palabras que declaro nuestro Señor Jesucristo, no hay lugar para interpretaciones superficiales: la estabilidad no depende de la apariencia de la edificación, sino de la naturaleza del fundamento. Y aquí es donde debemos detenernos con seriedad, porque muchas estructuras eclesiales que parecen firmes, en realidad no han sido probadas, y cuando lo sean, quedará en evidencia sobre qué fueron realmente construidas.

La actividad religiosa ha sustituido, en muchos casos, la vida espiritual. Se ha enseñado a servir sin haber aprendido a conocer. Se ha impulsado a ministrar sin haber sido primero transformados. Se ha promovido una fe funcional, útil para operar dentro de un sistema, pero desconectada de la revelación viva de Cristo. Y esto ha producido una generación de creyentes que saben moverse en ambientes cristianos, pero no necesariamente están edificados sobre la Roca.

El apóstol Pablo advierte con claridad en 1 Corintios 3:11: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”. Esta afirmación no es doctrinal en un sentido teórico, es una sentencia espiritual.

No hay alternativas, no hay sustitutos, no hay versiones adaptadas. Todo lo que no está edificado sobre Cristo revelado, tarde o temprano será removido, porque el cielo no respalda lo que no se origina en Él.

El problema es que, en la práctica, muchos han reemplazado el fundamento sin darse cuenta. Han colocado experiencias en lugar de Cristo, han levantado emociones en lugar de revelación, han construido sobre tradiciones en lugar de verdad. Y lo más delicado es que esto no siempre es evidente, porque puede coexistir con lenguaje bíblico, con apariencia de piedad y con manifestaciones externas que parecen legítimas. Pero el fundamento no se define por lo que se ve, sino por lo que lo sostiene.

Pablo también escribe en **2 Timoteo 3:5** acerca de aquellos que *“tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”*. Esto describe con precisión una realidad actual: una Iglesia que luce espiritual, pero que carece del poder transformador que proviene de una relación genuina con Cristo. Y cuando la eficacia es negada, lo que queda es forma sin vida, estructura sin sustancia, religión sin Reino.

Otro de los grandes problemas del fundamento en la Iglesia actual es la fe heredada. Muchas personas creen lo que creen no porque lo han visto por revelación, sino porque lo recibieron por transmisión. Han adoptado un sistema de creencias que nunca pasó por el proceso de ser iluminado por el Espíritu Santo en su interior. Y aunque esto puede sostener

una identidad religiosa por un tiempo, no puede sostener una vida espiritual en medio de la prueba.

Jesús le dijo a Pedro en **Mateo 16:17**: ***“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”***. Esta declaración establece una línea divisoria clara entre lo que es aprendido por medios humanos y lo que es revelado por el Padre. La Iglesia no fue diseñada para vivir de información, sino de revelación. Porque solo lo que es revelado tiene la capacidad de convertirse en fundamento.

La fe que proviene de la tradición puede ser correcta en contenido, pero débil en sustancia. Puede repetir verdades, pero no sostenerlas. Puede declarar a Cristo, pero no conocerlo. Y cuando llegan los vientos, las crisis, las pruebas, esa fe demuestra su fragilidad, porque nunca fue arraigada en una experiencia real con Él.

No es casualidad que hoy veamos creyentes que abandonan fácilmente, líderes que se desgastan rápidamente y comunidades que se fragmentan constantemente. No se trata solamente de ataques externos o presiones culturales, sino de una falta de profundidad en el fundamento. Porque cuando Cristo no ha sido revelado internamente, cualquier otra cosa puede ocupar Su lugar.

La Iglesia necesita volver urgentemente al fundamento. No a un concepto, no a una doctrina aislada, sino a la persona viva de Jesucristo revelada por el Padre.

Porque la verdadera edificación no comienza con lo que hacemos, sino con lo que vemos; no con lo que aprendemos, sino con lo que nos es revelado.

Efesios 2:20 declara que la Iglesia está *“edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”*. Esto nos muestra que todo el diseño de Dios converge en Cristo. Él no es parte del fundamento, Él es el fundamento. Y todo lo que se edifica fuera de esa centralidad, aunque sea bien intencionado, está destinado a ser removido.

Este es un tiempo donde Dios está permitiendo que muchas estructuras sean sacudidas, no para destruir a Su Iglesia, sino para purificarla, para llevarla de regreso a lo esencial, a lo eterno, a lo incommovible. Porque solo lo que está fundado en Cristo permanecerá.

La pregunta que debe surgir en este punto no es qué estamos haciendo como Iglesia, sino sobre qué estamos edificando. Porque el problema no es la edificación en sí, sino el fundamento sobre el cual se levanta. Y mientras muchos siguen ocupados construyendo, el cielo sigue preguntando: ¿está realmente esto fundado sobre la Roca?



Capítulo dos

SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ

Hay palabras de Jesús que no solo enseñan, sino que establecen realidades eternas. No son meras declaraciones inspiradoras, sino decretos que definen el orden espiritual sobre el cual Dios opera. Una de esas palabras, quizá una de las más citadas, pero también de las menos comprendidas en su profundidad, es aquella pronunciada en Cesarea de Filipo: ***“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18).***

Durante siglos, esta declaración ha sido interpretada, debatida, institucionalizada e incluso distorsionada. Se han levantado sistemas enteros alrededor de una comprensión parcial o equivocada de lo que Jesús quiso decir. Y aquí es donde debemos detenernos con reverencia, pero también con firmeza, porque si el fundamento está mal entendido, todo lo que se construya sobre él estará inevitablemente comprometido.

Jesús no estaba improvisando una idea. No estaba respondiendo simplemente a una confesión emocional de Pedro. Él estaba revelando el principio fundamental sobre el cual se edificaría aquello que Él mismo llamó *“mi iglesia”*. No la iglesia del hombre, no una organización religiosa, no una estructura visible sostenida por métodos humanos, sino una entidad espiritual nacida del cielo y sostenida por una realidad invisible pero absolutamente concreta.

El contexto es determinante. Jesús pregunta: *“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”* (Mateo 16:13). Las respuestas no se hacen esperar: Juan el Bautista, Elías, Jeremías o alguno de los profetas. Es decir, la percepción humana, incluso la religiosa, puede acercarse a la verdad, pero no logra alcanzarla plenamente. Puede reconocer que hay algo especial en Jesús, pero no logra discernir su verdadera identidad. Y esto no ha cambiado. Hoy, muchos hablan de Jesús, lo respetan, lo admiran, incluso lo siguen, pero no lo conocen en la dimensión en la que el Padre lo revela.

Entonces Jesús hace la pregunta crucial, la que atraviesa generaciones y expone corazones: *“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”* (Mateo 16:15). No es una pregunta teórica, es una confrontación espiritual. No busca información, busca revelación. Y es allí donde Simón responde: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Mateo 16:16).

Esta respuesta no nace del razonamiento, ni del estudio, ni de la tradición. Jesús mismo lo afirma con claridad absoluta: ***“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 16:17). Aquí se establece una línea divisoria que la Iglesia no puede ignorar: hay un conocimiento que proviene de la tierra y otro que proviene del cielo. Uno se adquiere, el otro se recibe. Uno informa, el otro transforma. Uno construye religión, el otro edifica la Iglesia.

Y es inmediatamente después de esta revelación que Jesús declara: ***“Sobre esta roca edificaré mi iglesia”***. No sobre Pedro como persona, porque el mismo Pedro, pocos versículos después, sería reprendido por Jesús diciendo: ***“¡Quítate de delante de mí, Satanás!”*** (Mateo 16:23). No sobre un hombre falible, sino sobre una realidad infalible. No sobre una figura humana, sino sobre una revelación divina.

La roca no es Pedro. La roca es la revelación de quién es Cristo. La roca es el conocimiento espiritual, impartido por el Padre, de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y esto cambia absolutamente todo. Porque entonces la Iglesia no se edifica sobre líderes, ni sobre estructuras, ni sobre programas, ni sobre doctrinas bien organizadas, sino sobre una experiencia viva de revelación.

Aquí es donde muchos sistemas colapsan, porque han intentado sustituir la revelación por la enseñanza, la experiencia por la información, la vida por la forma. Han

tratado de edificar con herramientas humanas lo que solo puede ser construido por el Espíritu. Y el resultado es evidente: edificios llenos, pero vidas vacías; actividad constante, pero ausencia de poder; multitudes que siguen, pero pocos que conocen.

Pablo lo entendió con una claridad contundente cuando escribió: ***“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11).*** Pero no se refiere a un conocimiento teológico acerca de Cristo, sino a una revelación viva de Cristo en el corazón del creyente. No es repetir su nombre, es conocer su naturaleza. No es hablar de Él, es haber sido alcanzado por Él.

La Iglesia que Jesús edifica no nace de decisiones humanas, sino de revelaciones divinas. No crece por estrategias, sino por impartición espiritual. No se sostiene por esfuerzo, sino por fundamento. Y ese fundamento no es otro que Cristo revelado por el Padre en el interior del hombre.

Cuando esta verdad se pierde, la Iglesia comienza a edificar sobre arena, aunque use el nombre de Cristo. Se levantan estructuras impresionantes, pero sin peso eterno. Se desarrollan ministerios visibles, pero sin raíz espiritual. Y cuando vienen las tormentas, porque siempre vienen, todo aquello que no fue edificado sobre la roca es expuesto.

Jesús lo dijo con una claridad que no deja lugar a interpretaciones cómodas: ***“Cualquiera, pues, que me oye***

estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca... pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena” (Mateo 7:24 al 26). La diferencia no está en oír, sino en tener un fundamento real. Y ese fundamento no es externo, es interno.

La roca no es un concepto, es una experiencia. No es una doctrina que se aprende, es una realidad que se recibe. Y esta es la crisis de la Iglesia actual: ha aprendido a hablar de la roca, pero no ha sido edificada sobre ella.

Volver a la roca no es volver a una enseñanza, es volver a una revelación. Es volver al lugar donde el Padre habla al corazón y revela a su Hijo. Es abandonar la dependencia de lo humano para abrazar la dependencia de lo divino. Es dejar de construir para permitir que Él edifique.

Porque al final, la Iglesia que prevalece no es la más grande, ni la más influyente, ni la más visible, sino la que está correctamente fundada. Y esa fundación no se negocia, no se adapta y no se sustituye. Es Cristo, revelado por el Padre, viviendo en el interior de su pueblo. Y sobre esa roca, y solo sobre esa roca, Él sigue edificando.



Capítulo tres

LA REVELACIÓN DEL PADRE

Si hay una verdad que la Iglesia necesita recuperar con urgencia en este tiempo, es el entendimiento de que el conocimiento de Cristo no es el resultado de un esfuerzo humano, sino una obra directa del Padre en el espíritu del hombre. No se trata de cuánto se estudia, cuánto se escucha o cuánto se repite, sino de cuánto ha sido revelado desde el cielo hacia el interior del corazón.

Jesús fue absolutamente claro cuando afirmó: ***“No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 16:17). Esta declaración no solo valida la respuesta de Pedro, sino que establece un principio eterno: todo conocimiento verdadero de Cristo tiene un origen divino. No nace en la mente, nace en el espíritu. No se produce por acumulación, sino por impartición.

Aquí es donde muchos tropiezan sin darse cuenta. Han sido enseñados, pero no han sido iluminados. Han recibido información, pero no han experimentado revelación. Conocen acerca de Cristo, pero no conocen a Cristo. Y esta

diferencia, aunque parezca sutil, es abismal en sus consecuencias.

El conocimiento que proviene de “carne y sangre” representa todo aquello que el hombre puede alcanzar por sí mismo: razonamiento, lógica, tradición, cultura religiosa, herencia doctrinal. Es un conocimiento válido en su ámbito, pero absolutamente insuficiente para edificar una vida espiritual real. Puede formar líderes, pero no discípulos. Puede producir discursos, pero no transformación. Puede llenar la mente, pero deja el espíritu vacío.

Por eso Jesús, en otro momento, declara algo que debería estremecer toda estructura religiosa basada en lo humano: ***“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Lucas 10:22).*** Esto rompe por completo la idea de que el acceso a Dios puede ser administrado por sistemas humanos. Aquí no hay intermediarios institucionales, no hay métodos que garanticen el resultado, no hay fórmulas replicables. Hay una relación viva, donde el Padre revela al Hijo, y el Hijo revela al Padre, en una dinámica completamente espiritual.

Esto nos confronta directamente, porque expone la raíz de muchas de nuestras prácticas. Hemos intentado enseñar lo que solo puede ser revelado. Hemos tratado de explicar lo que solo puede ser impartido. Hemos confiado en la capacidad humana para producir algo que es exclusivamente obra divina.

Y no se trata de desvalorizar la enseñanza, sino de ubicarla en su lugar correcto. La enseñanza es un instrumento, pero no es la fuente. Es un canal, pero no es el origen. Puede acompañar la revelación, pero no puede sustituirla. Cuando la enseñanza ocupa el lugar de la revelación, la Iglesia entra en un estado de actividad sin vida, de forma sin esencia, de movimiento sin dirección.

Pablo entendió esto de manera profunda cuando escribió a los gálatas: ***“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”*** (Gálatas 1:11 y 12). Pablo no está rechazando el aprendizaje, está estableciendo el origen. Su mensaje no nació en una escuela, nació en un encuentro. No fue el resultado de una formación académica, sino de una intervención divina.

Y aquí hay algo que la Iglesia necesita discernir con urgencia: no todo lo que se enseña produce revelación, y no toda revelación puede ser enseñada si no hay un corazón dispuesto a recibirla. Porque la revelación no solo depende del que la comunica, sino también del que la recibe. Jesús lo expresó de otra manera cuando dijo: ***“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios”*** (Juan 7:17). Es decir, hay una disposición interna que habilita la revelación.

El Padre no revela al Hijo a mentes curiosas, sino a corazones rendidos. No se trata de inteligencia, se trata de

disposición. No es una cuestión de capacidad, sino de hambre espiritual. Por eso hay personas sencillas que conocen profundamente a Cristo, mientras que otras, con vasto conocimiento bíblico, permanecen en la superficie.

La revelación del Padre no es un privilegio de unos pocos, es la herencia de todos los que han nacido de nuevo. Pero no todos viven en esa dimensión. Y no porque Dios haga acepción de personas, sino porque muchos han reemplazado la dependencia del Espíritu por la dependencia del sistema. Han aprendido a funcionar sin necesidad de oír a Dios, y eso es lo más peligroso que le puede pasar a la Iglesia.

Porque cuando la Iglesia deja de depender de la revelación, comienza a sostenerse en lo que sabe, en lugar de en Aquel a quien debería conocer. Y en ese momento, aunque todo parezca correcto externamente, internamente comienza un proceso de debilitamiento espiritual. Se pierde la frescura, se pierde la dirección, se pierde la vida.

Pablo ora por esto en la carta a los efesios, diciendo: ***“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”*** (Efesios 1:17). No está orando por más información, está orando por revelación. No pide que aprendan más, sino que vean más. Porque el verdadero conocimiento de Cristo no se acumula, se descubre.

Y ese descubrimiento es progresivo. Nadie agota la revelación de Cristo. Siempre hay más, siempre hay

profundidad, siempre hay dimensiones que el Padre desea mostrar. Pero eso requiere una postura continua de dependencia, de búsqueda, de apertura espiritual.

La Iglesia que será edificada sobre la roca no es la que más sabe, sino la que más recibe. No es la que domina conceptos, sino la que vive en revelación. Porque la roca no es solo una verdad inicial, es una experiencia continua. No es algo que se recibe una vez, es algo en lo que se vive.

Volver a la revelación del Padre es volver al origen. Es reconocer que sin Él no podemos conocer verdaderamente a Cristo. Es abandonar la autosuficiencia espiritual y abrazar la dependencia total. Es dejar de confiar en lo que hemos aprendido para comenzar a vivir de lo que Él nos muestra.

Porque al final, la Iglesia no será sostenida por lo que sabe, sino por a quién conoce. Y ese conocimiento no será el resultado de “carne ni sangre”, sino de un Padre que sigue revelando a su Hijo a todo aquel que tiene oídos para oír y un corazón dispuesto para recibir.



PARTE II

LA ROCA ES CRISTO REVELADO

Capítulo cuatro

EL HIJO DEL DIOS VIVIENTE

Cuando Pedro declara: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*** (Mateo 16:16), no está simplemente pronunciando una frase correcta, ni repitiendo una verdad doctrinal aprendida en el entorno religioso de su tiempo. Está siendo vehículo de una revelación que trasciende lo humano y que introduce una realidad eterna en el tiempo. No se trata solo de reconocer a Jesús como enviado, como maestro o como profeta, sino de discernir su identidad en su dimensión más profunda: Él es el Hijo del Dios viviente.

Esta expresión contiene una carga espiritual que la Iglesia no puede reducir a un concepto teológico. Decir que Jesús es el Hijo no es simplemente afirmar una relación, es reconocer Su naturaleza, Su origen y Su esencia. No es un título honorífico, es una declaración ontológica. Jesús no es un hombre que alcanzó un nivel espiritual superior, ni un mensajero elevado entre otros. Él es de la misma sustancia del Padre, la expresión visible del Dios invisible, la manifestación perfecta de lo eterno en lo temporal.

Juan lo expresa con una claridad que no admite ambigüedades: ***“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1).*** No dice que el Verbo fue creado, ni que comenzó en algún punto, sino que era desde el principio. Y más adelante afirma: ***“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).*** Aquí no hay lugar para interpretaciones livianas: el Hijo no es una extensión menor de Dios, es Dios manifestado en carne.

Este es el fundamento que sostiene todo. Si la Iglesia pierde esta revelación, pierde el eje central de su existencia. Porque no se trata solo de seguir a Jesús, sino de conocer quién es verdaderamente. No basta con admirarlo, hay que reconocerlo. No es suficiente creer en Él de manera superficial, es necesario verle en la dimensión en la que el Padre lo revela.

Pablo también lo declara de forma contundente: ***“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación... porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 1:15; 2:9).*** Esto rompe cualquier intento de reducir a Cristo a una figura secundaria dentro del plan de Dios. No hay nada en Dios que no esté en Cristo. No hay revelación fuera de Él. No hay acceso al Padre que no sea a través de Él.

Por eso Jesús mismo afirma: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).*** Esta declaración no solo es profunda, es confrontativa. Porque elimina toda excusa

religiosa que pretende conocer a Dios sin conocer a Cristo. No se puede tener una idea abstracta de Dios y rechazar la revelación concreta que Él ha dado en Su Hijo. El Padre se ha dado a conocer plenamente en Cristo, y fuera de esa revelación, todo conocimiento de Dios es incompleto o distorsionado.

Aquí es donde la Iglesia necesita ajustar su enfoque. Durante mucho tiempo se ha hablado de Jesús como Salvador, como Señor, como amigo, como ejemplo, pero muchas veces sin la profundidad que implica reconocerlo como el Hijo del Dios viviente. Y cuando esta verdad no está establecida en el corazón, la fe se vuelve frágil, porque está basada en percepciones parciales y no en una revelación sólida.

Reconocer a Cristo como el Hijo del Dios viviente implica rendirse ante su autoridad absoluta. No es una declaración cómoda, es una entrega total. Porque si Él es quien dice ser, entonces no hay área de la vida que pueda permanecer fuera de su gobierno. No hay opinión que pueda ponerse por encima de su palabra. No hay estructura humana que pueda redefinir Su identidad.

Además, esta revelación establece una diferencia radical entre lo que es vivo y lo que es muerto. Pedro no dice simplemente “Hijo de Dios”, sino ***“Hijo del Dios viviente”***. Esto introduce un contraste espiritual profundo. El Dios que se revela en Cristo no es una idea, no es una tradición, no es

una figura histórica. Es un Dios vivo, activo, presente, que habla, que se manifiesta y que sigue obrando.

Y si el Dios al que servimos es viviente, entonces la comunión con Él no puede ser estática. No puede reducirse a rituales, a costumbres o a prácticas repetitivas. Tiene que ser dinámica, real, constante. Una relación viva con un Dios vivo. Una comunión que trasciende lo externo y se establece en lo interno.

Esta es la diferencia entre religión y vida espiritual. La religión puede hablar de Dios, pero no necesariamente lo conoce. Puede describirlo, pero no lo experimenta. Puede defender doctrinas correctas, pero carecer de revelación. En cambio, el que ha recibido la revelación del Hijo del Dios viviente no solo cree, sino que vive en función de esa realidad.

Juan lo expresa de manera sencilla pero profunda: ***“Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero” (1 Juan 5:20)***. Es el mismo Hijo quien nos capacita para conocer. No solo se revela, sino que nos habilita para recibir esa revelación. Y esto es clave, porque nos muestra que todo comienza en Él y todo termina en Él.

La Iglesia que será edificada correctamente es aquella que no solo confiesa a Cristo, sino que lo conoce en su identidad eterna. No como un personaje central de su fe, sino como el centro absoluto de su existencia. No como una

referencia doctrinal, sino como la realidad viva que gobierna todo.

Porque cuando Cristo es verdaderamente revelado como el Hijo del Dios viviente, todo cambia. La fe deja de ser un esfuerzo y se convierte en una respuesta. La obediencia deja de ser una carga y se vuelve una consecuencia. El servicio deja de ser una obligación y se transforma en un privilegio.

Sobre todo, el fundamento se vuelve inquebrantable. Porque ya no está basado en lo que el hombre entiende, sino en lo que el Padre ha revelado acerca de su Hijo. Y esa revelación no puede ser movida, no puede ser alterada y no puede ser reemplazada.

Cristo no es una parte del mensaje. Cristo es el mensaje. No es un medio, es el fin. No es un recurso, es el fundamento. Y conocerlo como el Hijo del Dios viviente no es una opción dentro de la vida cristiana, es la base sobre la cual todo debe ser edificado.

Solo cuando esta verdad desciende del cielo al corazón, la Iglesia comienza a ser lo que realmente fue llamada a ser. Una comunidad no construida por hombres, sino formada por aquellos que han visto al Hijo tal como Él es.



Capítulo cinco

EL UNGIDO DE DIOS

Confesar que Jesús es el Cristo no es simplemente reconocer Su identidad, es comprender Su función dentro del propósito eterno de Dios. Porque “Cristo” no es un apellido, es una designación. Es la expresión griega de “Mesías”, que significa “el Ungido”. Y en esa unción está contenida toda la obra redentora, todo el diseño divino para rescatar, restaurar y gobernar.

Cuando Pedro dice: *“Tú eres el Cristo”*, está declarando algo que no puede ser reducido a una fórmula religiosa. Está afirmando que Jesús es Aquel sobre quien descansa la unción de Dios para cumplir Su plan. No es un enviado más, es el enviado definitivo. No es uno entre muchos, es el único que porta la autoridad, la capacidad y el respaldo del cielo para ejecutar la voluntad del Padre en la tierra.

El Antiguo Pacto ya anticipaba esta realidad. Reyes, sacerdotes y profetas eran ungidos como señal de que habían sido apartados y capacitados para una función específica.

Pero todas esas unciones eran parciales, temporales y limitadas. Eran sombras que apuntaban hacia una realidad mayor. Ninguno de ellos podía sostener en sí mismo la plenitud del propósito de Dios. Todos fallaban, todos eran insuficientes, todos necesitaban ser reemplazados.

Pero cuando Jesús aparece, todo converge en Él. No es solo un rey ungido, es el Rey de reyes. No es solo un sacerdote, es el Sumo Sacerdote eterno. No es solo un profeta, es la Palabra misma hecha carne. En Él no hay fragmentación, hay plenitud. No hay representación parcial, hay manifestación total.

Isaías lo profetiza con una precisión asombrosa: ***“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos...”***. Y siglos después, Jesús entra en la sinagoga, toma ese mismo texto y declara: ***“Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”*** (Lucas 4:21). No está citando una promesa, está revelando su cumplimiento. No está anunciando algo que vendrá, está manifestando lo que ya ha llegado.

La unción en Cristo no es un recurso externo, es una realidad inherente a Su persona. Él no recibe la unción como algo añadido, Él es el Ungido por excelencia. Y esto cambia completamente la manera en que entendemos la obra de Dios. Porque todo lo que el Padre hace, lo hace en el Hijo y a través del Hijo. No hay redención fuera de Cristo, no hay

restauración fuera de Su obra, no hay acceso al Padre fuera de su mediación.

Pedro lo declara con una contundencia que no deja margen a interpretaciones alternativas: ***“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).*** Esto no es una afirmación excluyente por capricho, es una verdad absoluta basada en la naturaleza misma de la obra redentora. Solo Cristo puede salvar, porque solo Él ha sido ungido para hacerlo.

Aquí es donde la Iglesia debe ser confrontada nuevamente. Porque muchas veces se ha hablado de la salvación como un evento aislado, como una decisión puntual, como un momento emocional. Pero la salvación no es un acto humano, es una obra del Ungido. No es algo que el hombre produce, es algo que Cristo ejecuta. No es una experiencia superficial, es una transformación profunda que nace de Su intervención.

La unción de Cristo no solo redime, también gobierna. Él no vino solo a salvar, vino a establecer el Reino y a manifestarlo. Y esto implica autoridad, implica dominio, implica orden. Jesús no es solo Salvador, es Señor. Y reconocerlo como el Cristo implica someterse a Su gobierno, no solo recibir sus beneficios.

Pablo lo expresa de manera clara: ***“Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo***

nombre... para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla” (Filipenses 2:9 y 10). Esto no es una invitación, es una realidad establecida. La unción que está sobre Cristo lo posiciona por encima de todo, y todo debe alinearse a Él.

Pero hay algo aún más profundo. La unción que está en Cristo no se queda limitada a Su persona, sino que es compartida con aquellos que están en Él. Juan escribe: ***“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas” (1 Juan 2:20).*** Esto no significa que el creyente se convierte en el Cristo, sino que participa de Su vida, de Su Espíritu, de Su capacidad espiritual. Es decir, dones, talentos, capacidades, virtudes y privilegios que son de Él, pero que por Su soberana gracia, ha determinado impartirlos sobre Su Iglesia, que es Su cuerpo.

Aquí se revela un misterio glorioso: la Iglesia no solo es edificada sobre Cristo, sino que también vive de Cristo y en Cristo. No solo lo reconoce, sino que participa de su unción. No solo lo confiesa, sino que es transformada por su vida. Porque el mismo Espíritu que ungió a Cristo es el que habita en quienes hemos nacido de nuevo **(Hechos 17:28).**

Sin embargo, esta verdad ha sido muchas veces mal entendida o superficialmente aplicada. Se ha reducido la unción a manifestaciones externas, a experiencias emocionales o a expresiones carismáticas, sin comprender que la verdadera unción está ligada al propósito, a la obediencia y al cumplimiento de la voluntad de Dios.

La unción no es para exhibición, es para función. No es para protagonismo, es para servicio. No es para exaltación personal, es para manifestar a Cristo. Porque todo lo que la unción hace apunta a Él, lo revela a Él y le glorifica a Él.

Jesús mismo dijo: ***“El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado” (Lucas 4:18).*** La unción siempre está conectada con una misión. No es un fin en sí misma, es un medio para cumplir el propósito de Dios. Y esto es clave, porque nos libra de una visión distorsionada donde la experiencia espiritual se convierte en el centro, en lugar de Cristo.

La Iglesia que ha sido edificada sobre la roca no solo conoce a Cristo como el Hijo del Dios viviente, sino que lo reconoce como el Ungido que ejecuta el plan del Padre. Y en esa revelación encuentra su identidad, su propósito y su dirección.

Porque fuera de Cristo no hay unción verdadera, y fuera de Su obra no hay vida espiritual real. Todo intento de operar espiritualmente al margen de Él es vacío, es esfuerzo humano disfrazado de espiritualidad.

Pero cuando la Iglesia vuelve a Cristo como el Ungido, todo se ordena. La fe se alinea, el propósito se clarifica, la vida toma sentido. Porque ya no se trata de lo que el hombre puede hacer para Dios, sino de lo que Dios ha hecho en Cristo y quiere manifestar a través de Su pueblo.

Capítulo seis

DOCTRINA VS. REVELACIÓN

Uno de los mayores peligros que enfrenta la Iglesia en este tiempo no es la falta de doctrina, sino la sustitución de la revelación por la doctrina. Puede parecer una afirmación fuerte, pero es absolutamente necesaria. Porque, aunque la doctrina es importante, cuando ocupa el lugar de la revelación, deja de ser un fundamento y se convierte en un obstáculo.

La doctrina, en su esencia, es la enseñanza ordenada de una verdad. Es necesaria, es útil, es un instrumento valioso para instruir, corregir y afirmar. Pablo mismo le dice a Timoteo: ***“Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste”*** (2 Timoteo 1:13). Pero el problema no está en la doctrina en sí, sino en lo que hacemos con ella. Cuando la doctrina se transforma en el centro, desplazando la revelación, la vida espiritual comienza a secarse, aunque externamente todo parezca correcto.

Porque la doctrina puede ser aprendida sin que el corazón sea transformado. Puede ser defendida sin que la

vida sea alineada. Puede ser enseñada sin que el espíritu haya sido tocado. Y aquí es donde se genera una de las formas más peligrosas de engaño: creer que conocer la doctrina es equivalente a conocer a Cristo.

Jesús confrontó directamente esta realidad en los líderes religiosos de su tiempo: ***“Escudriñáis las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”*** (Juan 5:39 y 40). Este pasaje es profundamente revelador. Ellos conocían las Escrituras, las estudiaban con dedicación, las enseñaban con precisión, pero no conocían a Aquel cuya expresión de vida, debía atravesar las Escrituras.

Aquí se expone una tragedia espiritual que sigue vigente hoy: se puede tener la Biblia en la mente y no tener a Cristo en el corazón. Se puede manejar correctamente la doctrina y, aun así, vivir desconectado de la vida que esa doctrina debería producir. Se puede hablar de Dios sin conocer, ni tocar a Dios.

La revelación, en cambio, no es simplemente información correcta, es una intervención divina que abre el entendimiento espiritual. Es cuando el Espíritu Santo toma la verdad y la hace viva dentro del hombre. No se limita a informar, sino a transformar. No se queda en lo externo, penetra hasta lo más profundo de nuestro ser.

Pablo lo expresa con claridad cuando dice: ***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura... pero el espiritual juzga todas las cosas”*** (1 Corintios 2:14 y 15). Esto establece otra línea divisoria: hay cosas que solo pueden ser comprendidas por revelación. No importa cuánto se estudie, si el Espíritu no ilumina, la verdad permanece velada.

Por eso, el mismo Pablo, que era profundamente instruido en la ley, tuvo que perderlo todo para ganar a Cristo. Él mismo declara: ***“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”*** (Filipenses 3:8). No está despreciando el conocimiento, está estableciendo su prioridad. Todo conocimiento que no conduce a Cristo, o que reemplaza a Cristo, es insuficiente.

Aquí es donde la Iglesia debe hacer un alto y examinarse con honestidad. ¿Estamos formando personas que conocen doctrinas o discípulos que conocen a Cristo? ¿Estamos transmitiendo información o facilitando encuentros con Dios? ¿Estamos edificando estructuras teológicas o vidas transformadas por la revelación?

El problema no es menor, porque una Iglesia doctrinal sin revelación puede volverse rígida, crítica, orgullosa y, paradójicamente, estéril. Defiende la verdad, pero carece de vida. Corrige errores, pero no produce transformación. Tiene respuestas para todo, pero no tiene verdadera comunión con Dios.

En cambio, la revelación produce humildad, dependencia y vida. Porque el que recibe revelación sabe que no proviene de sí mismo. Reconoce que ha sido alcanzado por algo que lo trasciende. Y eso lo mantiene en una postura de búsqueda constante, de apertura, de necesidad de Dios.

Sin embargo, también es necesario decirlo con claridad: la revelación verdadera nunca contradice la sana doctrina. No estamos hablando de experiencias subjetivas sin fundamento, ni de impresiones personales sin respaldo bíblico. La revelación genuina siempre está alineada con la Palabra, porque es el mismo Espíritu quien inspiró las Escrituras y quien revela a Cristo.

El problema no es doctrina o revelación como si fueran opuestas, sino doctrina sin revelación. Porque la doctrina debería ser el marco que sostiene la revelación, y la revelación debería ser la vida que da sentido a la doctrina. Cuando ambas están en su lugar correcto, la Iglesia crece de manera sana, equilibrada y profunda.

Pero cuando la revelación falta, la doctrina se vuelve letra muerta. Y la letra, aunque sea correcta, no tiene poder para dar vida. Pablo lo dice sin rodeos: ***“La letra mata, mas el Espíritu vivifica” (2 Corintios 3:6).*** No está hablando de desechar la Escritura, sino de la necesidad del Espíritu Santo para que la Escritura sea vida en nosotros.

La Iglesia que será edificada sobre la roca no será la que más acumule conocimiento doctrinal, sino la que viva en

revelación constante de Cristo. No será la que tenga los mejores argumentos, sino la que tenga la vida del Hijo manifestándose en su interior.

Porque al final, no es la doctrina la que edifica la Iglesia, es Cristo revelado. La doctrina apunta a Él, pero no lo reemplaza. La enseñanza lo describe, pero no lo sustituye. Solo la revelación produce el fundamento real sobre el cual Dios edifica.

Volver a la revelación no es abandonar la doctrina, es devolverle su propósito. Es reconocer que todo lo que enseñamos debe conducir a un encuentro real con Cristo. Es entender que el objetivo no es informar, sino transformar desde la verdadera vida. No es llenar mentes, sino perfeccionar renacidos.

Cuando la Iglesia recupera esta prioridad, algo comienza a cambiar. La Palabra deja de ser un texto para convertirse en una voz. La enseñanza deja de ser un discurso para convertirse en impartición. Y la fe deja de ser un sistema para convertirse en una relación viva con el Hijo del Dios viviente.

Porque solo la revelación sostiene lo que la doctrina describe. Y solo cuando ambas están alineadas, la Iglesia puede ser verdaderamente edificada sobre la Roca Eterna.

PARTE III

**LAS PIEDRAS
VIVAS**

Capítulo siete

LA IGLESIA COMO EDIFICIO ESPIRITUAL

Cuando la Escritura habla de la Iglesia, no la presenta como una organización, ni como una institución humana, ni como una estructura diseñada por la lógica terrenal. La describe como un edificio. Pero no un edificio material, sino uno espiritual, vivo, dinámico, en constante crecimiento y perfectamente diseñado por Dios mismo. Pablo lo expresa con claridad:

“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”

Efesios 2:20

Aquí no estamos frente a una metáfora decorativa, sino ante una revelación profunda del diseño divino. La Iglesia no es una acumulación de personas, es una construcción espiritual. No es una reunión de creyentes sin conexión, es un edificio donde cada parte tiene un lugar, una función y una relación con el todo. Y como todo edificio, depende absolutamente de su fundamento.

El fundamento ya ha sido establecido: Cristo revelado. Pero sobre ese fundamento, Dios no coloca elementos muertos, sino piedras vivas. Pedro lo declara de manera contundente: ***“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual”*** (1 Pedro 2:5). Esto introduce una verdad que cambia nuestra perspectiva: la Iglesia no es un lugar al que se asiste, es una realidad en la que se participa dinámicamente. No es algo externo a nosotros, es algo de lo que somos parte esencial.

Cada creyente, al nacer de nuevo, es incorporado a este edificio. No como un espectador, sino como una piedra viva. Y esto implica algo que muchas veces se pasa por alto: una piedra no define su posición por sí misma. Es colocada. Es ajustada. Es alineada con el diseño del arquitecto. No decide su función, la recibe. No establece su lugar, se le asigna.

Aquí es donde choca la mentalidad individualista con el propósito del Reino. Porque muchos han entendido la fe como una experiencia personal, aislada, donde lo importante es “la relación con Dios”, sin comprender que esa relación tiene un propósito corporativo basado en algo mucho más profundo que una relación y es la comunión espiritual con Dios y con todos los hermanos. Dios no está edificando individuos desconectados, está formando un cuerpo, una casa, una morada para Su presencia.

Pablo lo reafirma unos versículos más adelante: ***“En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”*** (Efesios 2:21). La

expresión “*bien coordinado*” es clave. No se trata solo de estar juntos, sino de estar correctamente unidos. No es proximidad, es alineación. No es coincidencia, es diseño.

Y este diseño no es humano, es divino. No surge de estrategias, sino de la obra del Espíritu Santo. Porque solo el Espíritu puede tomar piedras vivas, con historias, procesos, caracteres distintos, y ajustarlas de tal manera que formen una unidad perfecta. Esto no se logra por esfuerzo humano, ni por afinidad natural, sino por una obra sobrenatural.

Por eso, la verdadera unidad de la Iglesia no es organizacional, es espiritual. No se basa en acuerdos humanos, sino en una vida compartida en Cristo. No depende de estructuras visibles, sino de una conexión invisible pero real. Y esta unidad solo puede existir cuando Cristo es el centro y el fundamento.

Cuando esto se pierde, la Iglesia comienza a fragmentarse. Surgen divisiones, competencias, comparaciones, luchas internas. Cada uno busca su lugar, su reconocimiento, su espacio, sin entender que en el Reino no se trata de destacarse, sino de encajar en el propósito de Dios.

Porque en un edificio, ninguna piedra es más importante que otra por su visibilidad. Todas son necesarias. Algunas sostienen desde lo oculto, otras son más visibles, pero todas dependen del mismo fundamento y todas son parte del mismo diseño. Y cuando una piedra no está en su lugar, todo el edificio se resiente.

Esto confronta directamente la cultura actual dentro de muchos contextos cristianos, donde se ha promovido una visión centrada en el individuo, en el desarrollo personal, en el protagonismo ministerial. Se ha perdido la visión del cuerpo para enfocarse en las partes. Se ha exaltado la función por encima del propósito.

Pero la Iglesia no existe para que los individuos brillen, sino para que Cristo sea manifestado. No es un escenario para talentos, es un edificio para su gloria. Y eso requiere ajuste, requiere proceso, requiere sometimiento al diseño del Arquitecto.

Pablo añade algo aún más profundo: ***“En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22)***. Este es el propósito final del edificio: ser morada. No solo estructura, sino habitación. No solo forma, sino presencia.

Dios no está interesado en construir algo impresionante a los ojos del hombre, sino en tener un lugar donde habitar. Y ese lugar no es un templo físico, es un pueblo. Una comunidad de piedras vivas, alineadas, ajustadas y unidas en Cristo, donde Su presencia puede manifestarse de manera real.

Aquí es donde todo cobra sentido. La revelación de Cristo no es solo para el individuo, es para edificar un cuerpo. La unción no es solo para la experiencia personal, es para el cumplimiento del propósito corporativo. La fe no es solo para

sostener la vida individual, es para formar parte de algo mucho mayor.

La Iglesia como edificio espiritual no es una idea, es una realidad que debe ser vivida. Y eso implica dejar de vernos como creyentes aislados para comenzar a entendernos como parte de un todo. Implica renunciar a la independencia para abrazar la interdependencia. Implica dejar de construir nuestra propia visión para someternos al diseño de Dios.

Porque solo cuando cada piedra ocupa su lugar, el edificio crece correctamente. Solo cuando cada parte se alinea con el todo, la casa se levanta con estabilidad. Y solo cuando Cristo es verdaderamente la piedra angular, todo el edificio permanece firme.

La Iglesia que prevalece no es la que más crece en número, sino la que está correctamente edificada. No es la que más actividad tiene, sino la que más alineación posee. No es la que más se muestra, sino la que realmente es morada de Dios en el Espíritu.

Y ese es el desafío que tenemos por delante: dejar de construir con criterios humanos y permitir que Dios edifique según su diseño eterno. Porque solo así, lo que se levante no será temporal, sino eterno. Solo así, la Iglesia dejará de ser una estructura visible para convertirse en una realidad espiritual donde Dios habita y se manifiesta.

Capítulo ocho

EL PROPÓSITO CORPORATIVO

Uno de los errores más sutiles, pero al mismo tiempo más dañinos dentro de la vida cristiana contemporánea, es haber reducido el propósito de Dios a la experiencia individual de salvación. Se ha predicado con insistencia la necesidad de ser salvos, y con razón, pero muchas veces sin llevar a los creyentes a comprender para qué han sido salvados. Y cuando el propósito se reduce a lo personal, la visión del Reino se vuelve pequeña, limitada y centrada en el hombre, en lugar de estar centrada en Dios.

La salvación es el inicio, no el fin. Es la puerta, no la casa. Es el acceso, no el propósito completo. Porque Dios no envió a su Hijo únicamente para rescatar individuos del pecado, sino para formar un pueblo, un cuerpo, una familia, una casa donde Él pueda habitar y manifestarse.

Pedro lo expresa con claridad: ***“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9)***. Cada una de estas expresiones tiene una connotación colectiva. No habla de

individuos aislados, habla de una identidad compartida. No describe experiencias personales desconectadas, sino una realidad corporativa que define quiénes somos en Cristo.

Sin embargo, muchos han abrazado la salvación como un beneficio personal sin entender su implicación en el propósito eterno. Han recibido el perdón, pero no han asumido su lugar en el cuerpo. Han experimentado la gracia, pero no han entrado en la función. Y esto genera una Iglesia compuesta por personas salvas, pero no edificadas; redimidas, pero no alineadas; creyentes, pero no discípulos.

Pablo confronta esta visión limitada cuando escribe: ***“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:12)***. Aquí se revela claramente que el propósito no termina en el individuo, sino que se proyecta hacia la edificación de un cuerpo. Cada creyente es llamado, equipado y posicionado no solo para su crecimiento personal, sino para contribuir al crecimiento de todos.

Esto cambia completamente la perspectiva. La vida cristiana deja de ser un camino individual de desarrollo espiritual y se convierte en una participación activa en el propósito corporativo de Dios. Ya no se trata solo de “mi relación con Dios”, sino de “nuestra función en el cuerpo de Cristo”. Ya no es solo lo que recibo, sino lo que apporto. Ya no es solo lo que Dios hace en mí, sino lo que Él quiere hacer a través de nosotros.

Porque el propósito de Dios siempre ha sido corporativo. Desde el inicio, Él buscó un pueblo, no individuos aislados. Llamó a Abraham para formar una nación. Estableció a Israel como un pueblo con identidad y propósito. Y en Cristo, ese propósito alcanza su plenitud al formar una Iglesia compuesta por todos aquellos que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable.

Jesús mismo no vino a discipular individuos desconectados, sino a formar un cuerpo. Escogió a doce, caminó con ellos, los formó juntos, los confrontó juntos, los envió juntos. Nunca promovió una espiritualidad independiente. Siempre apuntó a una vida compartida, a una misión común, a un propósito colectivo.

Y esto es clave, porque el Reino de Dios no se expresa plenamente en lo individual, sino en lo corporativo. Un creyente puede reflejar aspectos de Cristo, pero es el cuerpo el que lo manifiesta en plenitud. Uno puede tener dones, otras capacidades, otras funciones distintas, pero es en la unidad donde todo eso se integra y se convierte en una expresión completa.

Pablo lo ilustra de manera magistral: ***“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros... así también Cristo” (1 Corintios 12:12)***. No dice “así también la Iglesia”, dice ***“así también Cristo”***. Esto revela algo profundo: Cristo no solo es la cabeza, también se expresa a través de su cuerpo. Y ese cuerpo no es uniforme, es diverso, pero perfectamente unido en propósito.

Cuando esta verdad no es comprendida, la Iglesia se fragmenta. Cada uno busca su propio camino, su propio crecimiento, su propio desarrollo, sin considerar su conexión con el todo. Se generan creyentes autosuficientes, desconectados, que viven la fe como una experiencia privada, sin compromiso real con el cuerpo.

Pero el propósito de Dios no puede ser cumplido de manera individual. Nadie, por más maduro que sea, puede expresar por sí solo la plenitud de Cristo. Necesitamos del otro. Necesitamos la diversidad. Necesitamos la interdependencia. Porque así fue diseñado el cuerpo.

Esto también implica responsabilidad. No se trata solo de recibir, sino de aportar. No se trata solo de ser edificado, sino de edificar. Cada creyente tiene una función, un lugar, una asignación dentro del cuerpo. Y cuando esa función no se ejerce, algo queda incompleto.

Pablo lo dice de manera directa: ***“De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:16).*** El crecimiento del cuerpo depende de la participación de cada parte. No es automático, es funcional. No ocurre por inercia, ocurre por alineación.

Aquí es donde muchos deben ser confrontados con amor, pero con firmeza. No se puede vivir la vida cristiana como un espectador. No se puede formar parte del cuerpo sin

asumir la responsabilidad de contribuir al propósito. No se puede hablar de Reino sin comprometerse con la edificación de la Iglesia.

Porque al final, Dios no está formando creyentes aislados, está edificando un cuerpo que refleje a su Hijo en la tierra. Y ese cuerpo no se construye con intenciones, se construye con vidas entregadas, alineadas y comprometidas con el propósito eterno.

Volver al propósito corporativo es salir del centro y poner a Cristo nuevamente en el lugar que le corresponde. Es dejar de vivir para uno mismo y comenzar a vivir para lo que Dios está haciendo en Su Iglesia. Es entender que la salvación no es el final del camino, sino el inicio de una vida que encuentra su verdadero sentido en el cuerpo.

Cuando la Iglesia recupera esta visión, todo cambia. La comunión deja de ser un evento para convertirse en una necesidad. El servicio deja de ser una carga para convertirse en una expresión natural. Y la unidad deja de ser un ideal para convertirse en una realidad visible.

Porque el propósito de Dios no es solo salvarnos, es incorporarnos. No es solo perdonarnos, es posicionarnos. No es solo rescatarnos del mundo, es hacernos parte de su diseño eterno. Y solo cuando entendemos esto, comenzamos a vivir no como individuos espirituales, sino como parte de un cuerpo que está siendo edificado sobre la Roca Eterna.

Capítulo nueve

EL ESPÍRITU SANTO Y EL PROPÓSITO COMÚN

Hablar del propósito corporativo sin entender la obra del Espíritu Santo es, en el mejor de los casos, una intención incompleta, y en el peor, un intento humano de construir algo que solo Dios puede edificar. Porque si el Padre es quien revela al Hijo, y el Hijo es el fundamento sobre el cual todo se edifica, es el Espíritu quien hace efectiva esa obra en el interior de nuestro ser y en la vida del cuerpo.

La Iglesia no puede ser entendida correctamente sin la obra del Espíritu. No es una organización cohesionada por ideas, ni una comunidad unida por intereses comunes. Es una realidad espiritual sostenida por una vida que proviene de Dios mismo. Y esa vida es impartida, sostenida y dirigida por el Espíritu Santo.

Pablo lo declara de manera contundente: ***“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13).*** Aquí se revela el origen de la unidad. No es un acuerdo humano, no es una afinidad natural, no es una

construcción organizacional. Es una obra del Espíritu. Él es quien toma a personas distintas, con historias diferentes, y las introduce en una misma realidad: el cuerpo de Cristo.

Esto cambia completamente la perspectiva de lo que significa ser Iglesia. No se trata solo de asistir, ni de pertenecer externamente, sino de haber sido incorporado espiritualmente por la obra del Espíritu. No es una afiliación, es una impartición. No es una decisión institucional, es una acción divina.

Y no solo eso, sino que el mismo Espíritu que incorpora, también sostiene y dirige. Jesús lo dijo claramente: ***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).*** Esto implica que la vida de la Iglesia no puede depender de la sabiduría humana, ni de estrategias bien diseñadas, ni de liderazgos carismáticos, sino de la dirección constante del Espíritu.

Aquí es donde muchos sistemas han fallado. Han intentado reemplazar la guía del Espíritu por métodos, la dependencia por planificación, la sensibilidad espiritual por estructuras rígidas. Y aunque externamente pueden lograr orden y crecimiento, internamente pierden la vida que solo el Espíritu puede impartir.

Porque el Espíritu no solo organiza, vivifica. No solo dirige, transforma. No solo une, también alinea. Él no busca simplemente reunir personas, sino formar un cuerpo que funcione conforme al diseño de Dios.

Pablo lo explica de manera profunda: ***“Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”*** (1 Corintios 12:11). Esto introduce otro elemento clave: la diversidad dentro de la unidad. El Espíritu no uniforma, distribuye. No elimina las diferencias, las ordena. No crea copias, forma un cuerpo donde cada parte tiene una función específica.

Y esta distribución no es arbitraria, es intencional. Cada don, cada capacidad, cada función ha sido asignada con un propósito dentro del cuerpo. Nadie está de más, pero nadie es independiente. Todos dependen del mismo Espíritu, y todos son necesarios para que el cuerpo funcione correctamente.

Sin embargo, esta verdad ha sido muchas veces malinterpretada o ignorada. Algunos han intentado imponer uniformidad, esperando que todos funcionen de la misma manera. Otros han promovido la individualidad al punto de romper la unidad. Pero el diseño del Espíritu no es ni uniformidad ni independencia, es unidad en diversidad.

Y esta unidad no es superficial. No se trata de llevarse bien o de compartir espacios, sino de estar profundamente conectados por la vida del Espíritu. Pablo lo expresa así: ***“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*** (Efesios 4:3). No dice “crear la unidad”, sino “guardar la unidad”. Porque esa unidad ya ha sido establecida por el Espíritu; nuestra responsabilidad es preservarla.

Esto implica una actitud, una disposición, una renuncia al ego. Porque la unidad del Espíritu no puede sostenerse donde hay orgullo, competencia o búsqueda de protagonismo. Requiere humildad, sometimiento y una comprensión clara de que el propósito es mayor que cualquier interés personal.

El Espíritu no trabaja para exaltar individuos, sino para manifestar a Cristo. No distribuye dones para que cada uno brille, sino para que el cuerpo funcione. No dirige para satisfacer preferencias, sino para cumplir el propósito eterno de Dios.

Aquí es donde se conecta todo: la revelación del Hijo, el fundamento de la roca, la edificación del cuerpo y el propósito corporativo solo pueden ser sostenidos por la obra continua del Espíritu Santo. Sin Él, todo se convierte en esfuerzo humano. Con Él, todo cobra vida, dirección y sentido.

Pablo lo resume de manera sencilla pero poderosa: ***“Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”*** (1 Corintios 4:20). Y ese poder no es una manifestación externa aislada, es la vida del Espíritu operando en el cuerpo, produciendo transformación, unidad, dirección y cumplimiento del propósito.

La Iglesia que será edificada sobre la Roca Eterna no será aquella que mejor se organice, sino aquella que más dependa del Espíritu. No será la que más recursos tenga, sino

la que más sensibilidad espiritual desarrolle. No será la que más hable de Dios, sino la que más viva en su presencia.

Volver al Espíritu no es adoptar una expresión externa, es recuperar la dependencia interna. Es reconocer que sin Él no hay vida, no hay dirección, no hay unidad real. Es dejar de confiar en lo que podemos hacer y comenzar a vivir en lo que Él hace en nosotros y a través de nosotros.

Porque al final, el propósito común no se logra por esfuerzo humano, sino por la obra del Espíritu en un pueblo que ha decidido rendirse completamente al diseño de Dios. Y solo cuando el Espíritu Santo ocupa el lugar que le corresponde, la Iglesia deja de ser una estructura que intenta funcionar, para convertirse en un cuerpo vivo que manifiesta a Cristo en la tierra.



PARTE IV

EL CONOCIMIENTO QUE SOSTIENE

Capítulo diez

EL CONOCIMIENTO INTERIOR DE CRISTO

Hay un conocimiento que informa, y hay un conocimiento que transforma. Uno se adquiere, el otro se imparte. Uno se almacena en la mente, el otro se establece en el espíritu. Y es este último el que constituye el verdadero fundamento de la vida cristiana: el conocimiento interior de Cristo.

Jesús lo expresó con una claridad absoluta cuando dijo: ***“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”*** (Lucas 10:22). Esta declaración no solo define el origen del conocimiento espiritual, sino también su naturaleza. No se trata de un conocimiento accesible por medios humanos, sino de una revelación que ocurre en la intimidad de la relación.

Aquí es donde la vida cristiana deja de ser un sistema de creencias para convertirse en una experiencia viva. Porque conocer a Cristo no es saber acerca de Él, es tener una

relación real con Él. No es manejar conceptos correctos, es vivir una comunión constante. No es repetir verdades, es ser transformado por ellas.

Pablo lo entendió de una manera profunda y lo expresó con una intensidad que revela la centralidad de esta experiencia: ***“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10)***. No está hablando de un conocimiento superficial, está hablando de una identificación total. No se conforma con haber sido alcanzado por Cristo, desea conocerlo en todas sus dimensiones.

Este conocimiento interior no es estático, es progresivo. No se agota, se profundiza. No se limita a una experiencia inicial, se desarrolla a lo largo de toda la vida. Y esto es clave, porque muchos han tenido un encuentro con Cristo, pero no han continuado en ese proceso de conocimiento. Han recibido una revelación, pero no han aprendido a vivir en ella.

Jesús lo expresó de otra manera en su oración al Padre: ***“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3)***. Aquí redefine completamente el concepto de vida eterna. No la presenta como una duración infinita, sino como una relación continua. La vida eterna no comienza después de la muerte, comienza cuando el hombre conoce a Dios.

Y este conocimiento no es externo, es interior. No se trata de observar desde fuera, sino de participar desde dentro. Es una realidad que se establece en el corazón y que transforma la manera de pensar, de sentir y de vivir. Es Cristo formado en nosotros.

Pablo lo describe así: ***“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19)***. Este es el objetivo del conocimiento interior: que Cristo no solo sea conocido, sino formado. Que su vida se exprese en nosotros, que su carácter se desarrolle, que su naturaleza se manifieste.

Aquí es donde la vida cristiana deja de ser un esfuerzo por imitar a Cristo y se convierte en una experiencia de ser transformados por Él. No se trata de copiar su comportamiento, sino de permitir que su vida opere en nosotros. No es una conducta externa, es una realidad interna.

Y esta transformación solo es posible por medio del Espíritu. Pablo lo declara de manera clara: ***“Pero nosotros todos... somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18)***. No es un proceso humano, es una obra divina. No es el resultado de disciplina, es el fruto de la comunión.

Sin embargo, aquí es donde muchos se detienen. Han aprendido a vivir de experiencias pasadas, de revelaciones antiguas, de momentos que marcaron su vida, pero no han

avanzado hacia una relación viva y continua. Y esto es peligroso, porque lo que no se renueva, se estanca. Y lo que se estanca, pierde vida.

El conocimiento interior de Cristo requiere una búsqueda constante, una dependencia diaria, una apertura permanente. No es algo que se posee, es algo en lo que se vive. No es un logro, es una comunión verdadera.

Por eso Pablo ora por los efesios diciendo: ***“Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”*** (Efesios 3:17). El apóstol no estaba hablando de una visita ocasional, sino de una habitación permanente. Cristo no quiere ser un invitado en nuestra vida, quiere ser el centro, el fundamento, la fuente de todo.

Cuando este conocimiento se establece, todo cambia. La fe deja de ser un esfuerzo por creer y se convierte en una respuesta a lo que se conoce. La obediencia deja de ser una obligación y se transforma en una consecuencia natural. El servicio deja de ser una carga y se convierte en una expresión de vida.

Porque cuando conocemos a Cristo desde dentro, ya no necesitamos que nos convenzan desde fuera. Ya no dependemos de estímulos externos, ni de motivaciones humanas. Nuestra vida pasa a estar anclada en una realidad interna que no puede ser removida por nada ni por nadie.

Este es el tipo de conocimiento que sostiene en la prueba, que permanece en la crisis, que no se mueve con las circunstancias. Porque no está basado en lo que se ve, sino en lo que se ha revelado. No depende de lo externo, sino de lo que ha sido establecido en el corazón.

La Iglesia que será edificada sobre la Roca Eterna no será aquella que más sabe acerca de Cristo, sino la que más lo conoce internamente. No será la que más habla de Él, sino la que más vive en Él. No será la que más información acumula, sino la que más ha sido transformada por Su presencia.

Volver al conocimiento interior de Cristo es volver al centro de todo. Es dejar de vivir de lo externo para comenzar a vivir desde lo interno. Es abandonar la superficialidad para entrar en la profundidad. Es dejar de conformarse con saber y comenzar a anhelar conocer.

Porque al final, no será lo que aprendimos lo que nos sostendrá, sino a quién conocimos. Y ese conocimiento no será el resultado de nuestro esfuerzo, sino de una comunión viva con el Hijo del Dios viviente, que sigue revelándose a aquellos que le buscamos con todo el corazón.

En ese conocimiento, la Iglesia encuentra su estabilidad, su identidad y su verdadera razón de ser. Porque todo lo que ha sido edificado sobre la Roca Eterna se sostiene en esta realidad: Cristo conocido, no solo en la mente, sino en lo más profundo del espíritu humano.

Capítulo once

LAS PRUEBAS REVELAN EL FUNDAMENTO

Hay una verdad que la Iglesia necesita recuperar con urgencia: el fundamento no se evidencia en los momentos de estabilidad, sino en los tiempos de crisis. Mientras todo está en calma, muchas estructuras parecen firmes; muchas vidas parecen sólidas; muchas confesiones parecen auténticas. Pero es en las pruebas donde se revela lo que realmente sostiene nuestras vidas.

Jesús lo enseñó de manera clara y sin rodeos: ***“Descendió lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca... pero la que estaba sobre la arena, cayó, y fue grande su ruina”*** (Mateo 7:25 al 27). La diferencia no estaba en la apariencia externa, ni en la intención del constructor, ni siquiera en la actividad realizada. La diferencia estaba en el fundamento.

Ambas casas fueron edificadas. Ambas estuvieron expuestas a las mismas condiciones. Ambas parecían estables antes de la tormenta. Pero solo una permaneció. ¿Por

qué? Porque una tenía fundamento real, y la otra, aunque tenía forma, carecía de sustancia.

Esto es profundamente confrontativo, porque nos obliga a salir de la comodidad de lo visible para examinar lo invisible. Nos lleva a preguntarnos no cuánto hemos construido, sino sobre qué lo hemos construido. No cuánta actividad hay en nuestra vida espiritual, sino qué tan profunda es la revelación que la sostiene.

La prueba no crea el fundamento, lo revela. No produce la realidad, la expone. No define quiénes somos, sino que manifiesta lo que realmente hay en nosotros. Y esto es clave, porque muchas veces se interpreta la crisis como un ataque o como una interrupción, cuando en realidad es un escenario donde lo invisible se hace visible.

Pedro lo expresa de esta manera: ***“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro... sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:7).*** Aquí se revela que la fe no solo existe, sino que debe ser probada. Y esa prueba no tiene como objetivo destruir, sino purificar, afirmar y evidenciar.

Sin embargo, la reacción frente a la prueba revela mucho más de lo que estamos dispuestos a admitir. Algunos, cuando son confrontados por circunstancias adversas, descubren que su fe estaba basada en emociones, en

expectativas o en estructuras externas. Y cuando esas cosas son sacudidas, todo comienza a tambalear.

Otros, en cambio, aunque enfrentan las mismas tormentas, permanecen firmes. No porque sean más fuertes, sino porque están sostenidos por algo que no puede ser removido. Su estabilidad no depende de lo que ocurre alrededor, sino de lo que ha sido establecido dentro de ellos.

Pablo lo declara con una convicción que solo puede nacer de una revelación profunda: ***“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído”*** (2 Timoteo 1:12). No dice “sé lo que he creído”, dice ***“sé a quién he creído”***. Su seguridad no está en un sistema de creencias, sino en una persona conocida. Y ese conocimiento es lo que lo sostiene en medio del sufrimiento.

Aquí es donde todo converge. La revelación de Cristo, el fundamento de la roca, el conocimiento interior, todo se pone a prueba en la vida real. No en un ambiente controlado, no en un contexto cómodo, sino en medio de situaciones que desafían, que presionan y que exponen.

Es en ese momento donde se hace evidente si la fe es una construcción humana o una obra divina. Si está basada en lo que se aprendió o en lo que se recibió. Si depende de circunstancias favorables o de una realidad interna inquebrantable.

El problema no es la tormenta. La tormenta es inevitable. Jesús no dijo “si vienen los vientos”, dijo **“cuando vengan”**. La cuestión no es evitar la prueba, sino estar correctamente fundados antes de que llegue.

Porque cuando el fundamento es correcto, la prueba no destruye, fortalece. No debilita, afirma. No quita, revela. Y aunque el proceso puede ser doloroso, el resultado es una fe más sólida, más real, más profunda.

Santiago lo expresa de manera directa: ***“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas... sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia”*** (Santiago 1:2 y 3). Esto no es una invitación a negar la dificultad, sino a entender su propósito. La prueba no es el fin, es el medio por el cual Dios forma algo más profundo en nosotros.

Pero también es necesario decirlo con claridad: la prueba puede exponer un fundamento incorrecto. Y cuando eso ocurre, no es para condenación, sino para corrección. Es una oportunidad para volver a la roca, para ajustar lo que fue mal edificado, para reemplazar lo superficial por lo real.

Porque peor que enfrentar una crisis es vivir toda una vida sobre un fundamento equivocado sin darse cuenta. Mejor es que la tormenta revele la debilidad, a que la estabilidad aparente oculte la verdad.

La Iglesia que es edificada sobre la Roca Eterna no es aquella que evita las pruebas, sino aquella que permanece en ellas. No es la que aparenta firmeza, sino la que realmente está fundada en Cristo. No es la que nunca cae, sino la que, aun siendo sacudida, no es destruida.

Volver al fundamento no es una opción cuando todo está bien, es una necesidad antes de que todo sea probado. Es asegurarse de que la fe no está apoyada en arena, aunque la arena parezca firme por un tiempo. Es permitir que Dios examine, ajuste y afirme lo que Él mismo ha comenzado.

Porque al final, no será la intensidad de la tormenta lo que determine el resultado, sino la calidad del fundamento. Y ese fundamento no es otro que Cristo revelado en nuestro interior. Y cuando esa realidad está establecida, los vientos pueden soplar, las aguas pueden subir, las circunstancias pueden cambiar, pero hay algo que permanece inmutable: una vida edificada sobre la Roca Eterna, que no puede ser movida por ninguna circunstancia.



Capítulo doce

LOS QUE CONOCEN Y LOS QUE SOLO SIGUEN

A lo largo de la historia bíblica, y también en la realidad actual de la Iglesia, siempre han existido dos tipos de personas: los que conocen a Dios y los que simplemente lo siguen diciendo creer. Ambos pueden caminar cerca, ambos pueden participar de lo mismo externamente, ambos pueden incluso hablar el mismo lenguaje, pero internamente hay una diferencia radical que solo se evidencia con el tiempo.

No todos los que siguen a Cristo lo conocen. Esta afirmación puede parecer dura, pero es necesaria. Porque seguir puede ser una decisión externa, motivada por circunstancias, emociones o beneficios; pero conocer es una realidad interna que transforma la esencia misma del ser.

El pueblo de Israel es un ejemplo claro de esto. El salmista declara: ***“Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras” (Salmos 103:7).*** Israel vio las obras de Dios: milagros, provisión, manifestaciones sobrenaturales. Moisés, en cambio, conoció sus caminos. Y

esta diferencia es determinante. Uno experimentó lo que Dios hacía, el otro entendió quién es Dios.

Hoy ocurre lo mismo. Hay quienes siguen a Dios por lo que Él hace: buscan Su intervención, Su provisión, Su respuesta. Pero hay otros que han sido llevados a conocer sus caminos, Su carácter, Su corazón. Y esta diferencia define la estabilidad, la profundidad y la madurez de la vida espiritual.

Los que solo siguen dependen de lo visible. Su fe está condicionada a lo que ocurre. Si Dios responde como esperan, continúan; si no, se detienen, se frustran o retroceden. Su relación está basada en resultados, no en revelación. Caminan mientras entienden, mientras sienten, mientras ven.

En cambio, los que conocen a Dios caminan desde una realidad interna. No dependen de lo que ven, sino de lo que han recibido. No se mueven por emociones, sino por convicciones. No necesitan explicaciones constantes, porque han sido establecidos en una relación que trasciende las circunstancias.

Daniel lo expresa de manera contundente: ***“El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará” (Daniel 11:32)***. No dice “el que sigue”, dice ***“el que conoce”***. Porque es el conocimiento lo que produce firmeza, lo que genera acción, lo que nos sostiene en medio de la presión.

Aquí es donde muchos deben ser confrontados con honestidad. Porque se puede seguir a Cristo por años sin haber entrado en un conocimiento real de Él. Se puede participar en actividades, asistir a reuniones, servir en ministerios, y aun así permanecer en la superficie. Se puede estar cerca sin estar conectados.

Jesús mismo lo advirtió con una claridad que debería estremecernos: ***“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor... y entonces les declararé: Nunca os conocí”*** (Mateo 7:22 y 23). Esto revela que no es suficiente hacer cosas en su nombre. No es suficiente tener una apariencia espiritual. Lo que define todo es la comunión verdadera. Sobre este concepto expresado por Jesús les recomiendo leer mi libro titulado “Me dirán Señor Señor”. Es un libro que recomiendo ampliamente y que los edificará en gran manera.

Aquí quisiera destacar un gran detalle que no podemos pasar por alto: Jesús no dice “ustedes no me conocieron”, dice ***“yo no los conocí”***. Porque el conocimiento en el Reino no es unilateral, es relacional. No se trata solo de cuánto creemos conocer de Dios, sino de si realmente estamos en una comunión viva con Él.

Los que conocemos a Cristo no solo hablamos de Él, sino que vivimos en Él. No solo lo reconocemos en momentos específicos, sino que hemos sido transformados por Su presencia. No solo lo seguimos cuando todo es claro, sino que permanecemos en Él cuando todo es incierto. En

definitiva, sabemos que fuera de Él simplemente no hay nada.

Esto se hace evidente especialmente en los momentos de pruebas. Los que solo siguen tienden a retroceder cuando las cosas se complican. Su fe no tiene raíz profunda, porque no ha sido establecida en revelación. Pero los que conocemos permanecemos sin dudar. No porque seamos más fuertes, sino porque estamos arraigados en Él, más allá de toda circunstancia.

Pedro vivió esta transición. Al principio, seguía a Jesús como muchos otros, motivado por lo que veía, por lo que experimentaba. Pero hubo un momento clave, cuando muchos comenzaron a irse, y Jesús preguntó: “***¿Queréis acaso ir os también vosotros?***” (Juan 6:67). Y Pedro respondió: “***Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna***” (Juan 6:68).

Aun así, Pedro lo negó en un momento de gran presión. Sin embargo, su seguimiento dejó de ser superficial, cuando Pedro recibió la regeneración. Entonces, su caminar pasó a estar fundamentado en un verdadero conocimiento espiritual. Avanzar con valentía y sin claudicar, es la marca de los que conocen a Cristo de verdad. Por la gracia soberana y maravillosa, ¡No tenemos alternativa! No porque estemos obligados, sino porque hemos visto algo que nos ha marcado irreversiblemente.

La Iglesia necesita pasar de seguidores a conocedores. Necesita dejar la superficialidad de una fe basada en experiencias externas para entrar en la profundidad de una comunión viva con Cristo. Porque solo los que conocemos de verdad, podemos permanecer, podemos resistir, y también podemos errar, pero nunca abandonar nuestro caminar en el propósito eterno.

Seguir puede ser el comienzo, pero no es el destino. Es el primer paso, pero no el fundamento. El objetivo no es tener multitudes que sigan, sino un pueblo que conozca y viva a Cristo con plenitud. Porque al final, cuando todo sea probado, cuando todo lo externo sea sacudido, cuando las estructuras ya no sostengan, solo podremos permanecer aquellos que seamos establecidos en el conocimiento real de Cristo.

Dicho conocimiento no se hereda, no se imita, no se sustituye. Se recibe por la gracia divina, se cultiva y se vive con intensidad. Es una comunión que se construye en lo secreto, que se afirma en la prueba y que se manifiesta en la vida.

La Iglesia que prevalece no es la que tiene más seguidores, sino la que está compuesta por aquellos que realmente conocemos a nuestro Dios. Y estoy persuadido que, si nos sostenemos apasionados y buscando mayor revelación, tendremos la capacidad de enfrentar exitosamente los tiempos finales, permaneciendo firmes sobre la Roca Eterna.

PARTE V

**LA CONFESIÓN
QUE EDIFICA**

Capítulo trece

LA CONFESIÓN QUE NACE DE LA REVELACIÓN

La confesión no es simplemente lo que se dice, es la manifestación externa de una realidad interna. En el Reino, las palabras no son neutras, ni vacías, ni decorativas. Expresan aquello que ha sido formado en el corazón. Por eso, cuando Pedro declara: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*** (Mateo 16:16), no está repitiendo una frase correcta, está dando voz a una revelación que el Padre ha establecido en su interior.

Aquí se encuentra una de las claves más poderosas de la vida espiritual: la confesión que edifica no nace del entendimiento humano, nace de la revelación divina. No es el resultado de aprender qué decir, sino de haber visto quién es Cristo. No es una repetición, es una expresión.

Esto cambia completamente la manera en que entendemos la fe. Porque durante mucho tiempo se ha enseñado la confesión como una herramienta, como una técnica, como un recurso para obtener resultados. Se ha reducido a declaraciones positivas, a frases repetidas, a

palabras pronunciadas con la expectativa de que produzcan algo. Pero la verdadera confesión no es una fórmula, es una consecuencia.

Pablo lo expresa con claridad: ***“Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:10)***. Observa el orden: primero el corazón, luego la boca. Primero la fe interna, luego la expresión externa. La confesión no crea la realidad, la revela. No produce la fe, la manifiesta.

Cuando esto se invierte, la confesión pierde su poder. Porque decir lo correcto sin haberlo recibido internamente no edifica, solo imita. Puede sonar bien, puede parecer espiritual, pero carece de sustancia. Y esto es algo que la Iglesia necesita discernir con urgencia.

Jesús mismo lo advirtió: ***“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí” (Mateo 15:8)***. Aquí se expone una desconexión peligrosa: palabras correctas sin una realidad interna que las respalde. Y cuando eso ocurre, la confesión se convierte en una forma vacía, en un lenguaje aprendido que no tiene poder para transformar.

La confesión que nace de revelación es distinta. Tiene peso, tiene vida, tiene autoridad. No necesita ser forzada, fluye naturalmente. No busca convencer, simplemente expresa lo que ha sido establecido en el interior. Por eso, cuando Pedro habla, Jesús no corrige su teología, valida su origen: ***“No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que***

está en los cielos” (Mateo 16:17). La autoridad de esa confesión no está en la precisión de las palabras, sino en la fuente de donde provienen.

Aquí es donde la Iglesia debe hacer un ajuste profundo. No se trata de enseñar a las personas qué decir, sino de llevarlas a una experiencia donde puedan ver a Cristo por revelación. Porque cuando eso ocurre, la confesión correcta no necesita ser enseñada, emerge naturalmente.

Esto también define la autoridad espiritual. No es el volumen de las palabras, ni la intensidad con la que se dicen, ni la cantidad de veces que se repiten. Es la realidad que las respalda. Una palabra nacida de revelación tiene más peso que mil declaraciones vacías. Ahora bien, sabemos que la revelación solo obedece a la soberanía divina, pero si hay hijos de Dios con hambre, con deseos, con pasión, siempre desatarán revelación sobre sus vidas.

Lo que Dios necesita son corazones dispuestos. Jesús lo expresó de manera sencilla pero contundente: ***“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45).*** La boca no es la fuente, es el canal. Lo que se dice revela lo que hay dentro. Por lo tanto el receptor de toda revelación es nuestro corazón. Recordemos las palabras de Pablo en las cuales dejó en claro que los hijos de Israel hasta el día de hoy, tienen un velo en sus corazones **(2 Corintios 3:14 y 15).**

Esto nos lleva a una conclusión inevitable: La revelación es soberana pero se recibe en corazones

dispuestos. Además, no se puede sostener una confesión verdadera sin una vida de revelación. No se puede hablar correctamente de Cristo sin haber sido confrontados por Él. No se puede declarar con autoridad nada que no haya sido primeramente establecido en el corazón.

Sin embargo, cuando la confesión nace desde la revelación, ocurre algo poderoso. No solo edifica al que la expresa, también impacta a otros. Porque la verdad revelada tiene la capacidad de transmitir vida. No es solo información, es impartición. No solo comunica, transforma, produce, fructifica.

Pablo lo vivía de esta manera cuando decía: ***“Creí, por lo cual hablé” (2 Corintios 4:13)***. No dijo “hablé para creer”, dijo ***“creí, por lo cual hablé”***. Su palabra era el resultado de una convicción interna. Y esa convicción le daba firmeza, claridad y autoridad. Él dejó claramente documentado que recibió el evangelio del Reino por revelación (**Gálatas 1:12**).

La Iglesia que es edificada sobre la Roca Eterna no es la que más habla, sino la que habla desde la revelación. No es la que repite frases correctas, sino la que expresa verdades vivas. No es la que domina el lenguaje religioso, sino la que ha sido transformada en lo secreto.

Volver a la confesión verdadera es volver al origen. Es dejar de enfocarse en las palabras para enfocarse en la revelación que las produce. Es entender que no se trata de

decir más, sino de vivir más profundamente lo que Dios ha mostrado.

Porque cuando el corazón ha sido tocado por la revelación del Hijo, la boca no necesita esfuerzo para hablar. Simplemente expresa lo que ha sido establecido en lo más profundo del ser. Y esa confesión, nacida del cielo, es la que edifica, la que afirma, la que sostiene. Es la que alinea la vida con la verdad. Es la que declara, no lo que el hombre quiere, sino lo que Dios ha revelado.

Sobre esa confesión, viva, real, nacida de la revelación del Padre, es que la Iglesia continúa siendo edificada sobre la Roca Eterna.



Capítulo catorce

LA VOZ DE LA IGLESIA EN LA TIERRA

La Iglesia no solo ha sido llamada a creer, ni únicamente a conocer, ni siquiera solamente a confesar en lo individual. Ha sido llamada a ser una voz. No una voz más entre muchas, sino la expresión en la tierra de lo que el cielo ha establecido en Cristo. Una voz que no nace de la opinión, sino de la revelación; no de la emoción, sino de la autoridad espiritual.

Jesús, inmediatamente después de hablar de la roca sobre la cual edificaría su Iglesia, introduce un concepto que no puede ser separado de esa revelación: ***“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”*** (Mateo 16:19). Esta declaración no es simbólica, es funcional. Define el rol de la Iglesia en la tierra.

Aquí se revela que la Iglesia no es pasiva. No está llamada a observar lo que sucede, sino a intervenir espiritualmente desde una posición de autoridad. Pero esa

autoridad no es independiente, ni autónoma. Está completamente ligada a la revelación de Cristo. No es la voz del hombre tratando de influir en el cielo, es el cielo expresándose a través de un pueblo que ha sido alineado.

Esto es clave, porque muchas veces se ha intentado ejercer autoridad espiritual sin fundamento. Se han pronunciado palabras, se han hecho declaraciones, se han levantado decretos, pero sin una conexión real con la voluntad de Dios. Y cuando la voz no está alineada con el cielo, pierde su peso, su efectividad y su propósito.

La verdadera autoridad espiritual no nace del deseo, nace de la revelación. No es el resultado de querer que algo ocurra, sino de haber recibido lo que Dios ya ha establecido. La Iglesia no crea la voluntad de Dios, la discierne y la expresa.

Jesús lo vivía de esta manera. Él mismo dijo: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19)***. Su vida no estaba basada en iniciativa propia, sino en dependencia total. No hablaba por impulso, hablaba desde lo que veía y oía del Padre. Y esa es la misma dinámica a la que la Iglesia ha sido llamada.

La voz de la Iglesia, entonces, no es una voz independiente, es una voz alineada. No es una voz que propone, es una voz que declara. No es una voz que intenta, es una voz que establece en la tierra lo que ya ha sido determinado en el cielo.

Por eso Jesús enseña también: ***“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).*** Esto no es solo una oración, es una declaración de propósito. La Iglesia está llamada a ser el canal a través del cual la voluntad del cielo se manifiesta en la tierra.

Pero esto solo es posible cuando la Iglesia vive en revelación. Porque no se puede declarar lo que no se ha recibido. No se puede expresar lo que no se ha visto. No se puede representar el cielo sin estar conectado con él.

Aquí es donde muchos han fallado. Han querido ejercer autoridad sin intimidad, han querido hablar sin haber oído, han querido declarar sin haber sido transformados. Y el resultado ha sido una voz sin peso, sin impacto, sin fruto real.

La autoridad espiritual no se aprende como una técnica, se recibe como una consecuencia de la relación. No es una herramienta que se usa, es una posición en la que se vive. Y esa posición está directamente relacionada con el conocimiento de Cristo.

Pablo lo entendía profundamente. Cuando enfrentaba realidades espirituales, no hablaba desde la teoría, hablaba desde la revelación. Sabía quién era Cristo, sabía quién era él en Cristo, y desde esa realidad operaba con autoridad. No necesitaba gritar, ni convencer, ni imponer. Su vida misma respaldaba su palabra.

La Iglesia necesita recuperar esta dimensión. No una voz ruidosa, sino una voz con peso. No una voz que repite, sino una voz que revela. No una voz que reacciona a las circunstancias, sino una voz que establece la voluntad de Dios en medio de ellas.

Esto también implica responsabilidad. Porque no todo lo que se dice en nombre de Dios proviene de Dios. No toda declaración es una expresión del cielo. Y por eso es necesario discernir, examinar, alinearse continuamente con la revelación de Cristo.

La voz de la Iglesia no puede estar contaminada por opiniones humanas, por intereses personales o por tendencias culturales. Debe ser pura, alineada, fiel a lo que el Padre ha revelado en el Hijo. Y cuando esto ocurre, algo poderoso se manifiesta. La Iglesia deja de ser un espectador para convertirse en un agente activo del Reino. Ya no solo responde a lo que sucede, sino que establece lo que Dios ha determinado. Ya no solo reacciona, sino que gobierna espiritualmente.

Porque esa es la esencia de las “llaves del Reino”. No son símbolos de acceso, son instrumentos de autoridad. Representan la capacidad de abrir y cerrar, de permitir o restringir, de establecer límites espirituales conforme a la voluntad de Dios. Pero nuevamente, esto no funciona fuera de la roca. No hay autoridad sin fundamento. No hay voz sin revelación. No hay gobierno espiritual sin conocimiento real de Cristo.

La Iglesia que es edificada sobre la Roca Eterna no es silenciosa, pero tampoco es superficial. Es una voz clara, alineada, firme, que expresa lo que el cielo ha determinado. No habla desde la presión del entorno, sino desde la convicción interna. No es moldeada por la cultura, sino por la revelación. Y esa voz tiene verdadero impacto. No porque es fuerte, sino porque es verdadera. No porque es insistente, sino porque está alineada. No porque es popular, sino porque proviene de Dios.

Porque cuando la Iglesia habla desde la revelación, no solo comunica, establece. No solo expresa, edifica. No solo declara, transforma. Y en medio de un mundo lleno de voces, Dios sigue buscando un pueblo que no solo hable de Él, sino que hable desde Él. Una Iglesia que no solo tenga algo que decir, sino que sea la voz del Reino en la tierra.

Y esa voz, nacida de la revelación, afirmada en Cristo y sostenida por el Espíritu, es la que continúa edificando sobre la Roca Eterna.



Capítulo quince

CONFESAR EN MEDIO DE TODO CONFLICTO

Es relativamente sencillo confesar a Cristo cuando todo está en orden, cuando las circunstancias acompañan, cuando el entorno es favorable y la fe no es desafiada. Pero la verdadera naturaleza de la confesión se revela cuando el contexto es adverso, cuando lo visible contradice lo que creemos, cuando la presión externa exige una respuesta interna que no puede ser fingida.

La confesión que nace desde la revelación no es circunstancial, es constante. No depende del momento, depende de la realidad que ha sido establecida en el corazón. Y es precisamente en medio del conflicto donde esa realidad es puesta a prueba y, al mismo tiempo, manifestada.

La confesión no responde a las circunstancias, responde a la fe. Y esa fe no es un sentimiento, es una convicción basada en la revelación de Cristo. Aquí es donde muchos tropiezan. Porque cuando la presión aumenta, lo que realmente hay dentro comienza a salir. Si la fe está basada en emociones, en expectativas o en resultados, el conflicto la

debilita. Pero si está fundada en una revelación profunda, el conflicto no la destruye, la expone y la afirma.

Hebreos lo declara de manera directa: ***“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”*** (Hebreos 10:23). No dice “cuando todo esté bien”, dice ***“mantengamos firme”***. Esto implica que habrá momentos donde todo invite a soltar, a callar, a retroceder. Pero es precisamente ahí donde la confesión debe permanecer.

Confesar en medio del conflicto no es negar la realidad, es afirmar una realidad superior. No es ignorar lo que sucede, es posicionarse en lo que Dios ha revelado. No es una evasión, es una declaración de fe que trasciende lo visible.

David vivió esto de manera intensa. En medio de persecuciones, de amenazas, de situaciones que humanamente eran adversas, podía decir: ***“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?”*** (Salmos 27:1). No hablaba desde la comodidad, hablaba desde la convicción. Su confesión no era una reacción emocional, era el resultado de un conocimiento real de Dios.

Esto es clave, porque en el conflicto no hay espacio para imitaciones. No se puede sostener una confesión que no ha sido formada en lo secreto. No se puede declarar con autoridad lo que no ha sido revelado en el interior. El

conflicto desnuda todo lo superficial y deja expuesto solo lo que es verdadero.

Por eso Jesús dijo algo que define esta dimensión: ***“Al que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre” (Mateo 10:32)***. Esta confesión no es solo verbal, es una postura. Es mantenerse firme en medio de la presión, es no negar lo que se ha recibido, es sostener la verdad aun cuando tenga un costo.

Ahora bien, si confesar en medio del conflicto tiene un costo. Implica rechazo, incompreensión, oposición. Implica ir en contra de la corriente, mantenerse firme cuando otros retroceden, permanecer cuando sería más fácil ceder. Pero es en ese costo donde se evidencia el valor de lo que se ha recibido.

La Iglesia primitiva lo vivió de manera radical. No confesaban a Cristo en un ambiente favorable, lo hacían en medio de persecución, de amenaza, de muerte. Y aun así, no retrocedían. ¿Por qué? Porque no estaban defendiendo una idea, estaban expresando una realidad que había transformado sus vidas.

Hechos lo describe así: ***“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20)***. Esta es la esencia de la confesión en medio del conflicto. No es una obligación, es una necesidad. No es algo que se fuerza, es algo que fluye. Porque cuando has visto, cuando has oído, cuando has sido

alcanzado por la revelación, el silencio deja de ser una opción.

Aquí es donde la Iglesia debe examinarse. ¿Nuestra confesión permanece cuando es desafiada? ¿Nuestra fe se sostiene cuando las circunstancias son adversas? ¿Nuestra relación con Cristo es lo suficientemente real como para resistir la presión? Porque el conflicto no es el enemigo, es el escenario donde la fe se hace visible. Es el lugar donde lo invisible se manifiesta, donde la revelación se convierte en expresión, donde el fundamento se evidencia.

También es el lugar donde Dios forma algo más profundo en nosotros. Porque cada vez que permanecemos firmes en medio de la prueba, algo se afirma en nuestro interior. La fe se fortalece, la convicción se profundiza, la relación con Cristo se vuelve más real.

Pablo lo vivió en múltiples ocasiones, y pudo decir: ***“Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios” (Romanos 8:38 y 39).*** Esa no es una declaración teórica, es una confesión formada en medio del conflicto. Es el resultado de haber sido probado y haber permanecido.

La Iglesia que será edificada sobre la Roca Eterna no será aquella que confiesa solo en tiempos de calma, sino la que permanece firme en medio de la tormenta. No será la que habla cuando es fácil, sino la que declara cuando es necesario. No será la que evita el conflicto, sino la que se

sostiene en él. Porque al final, la confesión que edifica no es la que se escucha en la comodidad, sino la que se mantiene en la presión. No es la que se pronuncia sin costo, sino la que permanece a pesar de él.

Esa confesión, nacida de la revelación, afirmada en la prueba y sostenida en el conflicto, es la que sigue edificando la vida sobre la Roca Eterna. Porque no depende de las circunstancias, sino de Aquel que ha sido revelado y que permanece inmutable en medio de cualquier situación.



PARTE VI

LA IGLESIA QUE PREVALECE

Capítulo dieciséis

LAS PUERTAS DEL HADES

Cuando Jesús declara: ***“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”*** (Mateo 16:18), no está utilizando una expresión poética sin contenido, sino que está revelando una realidad espiritual profunda que define el tipo de conflicto que la Iglesia enfrentará y, al mismo tiempo, la certeza de su victoria.

Lo primero que debemos entender es que Jesús no está hablando de un enfrentamiento entre fuerzas iguales. No está presentando una lucha equilibrada donde el resultado es incierto. Está estableciendo una posición clara: la Iglesia, edificada sobre la roca, es inconmovible; y el Hades, con todo su sistema, es incapaz de prevalecer contra ella.

Ahora bien, ¿qué representan las “puertas del Hades”? En el contexto bíblico, las puertas no eran solo un acceso físico, eran el lugar donde se tomaban decisiones, donde se establecía autoridad, donde se ejercía gobierno. Las puertas

representaban dominio, control, influencia. Por lo tanto, cuando Jesús habla de las puertas del Hades, está hablando del sistema de autoridad de las tinieblas, del orden espiritual que opera en oposición al Reino de Dios.

Esto es clave, porque redefine completamente la naturaleza del conflicto. No estamos hablando de ataques aislados o de eventos circunstanciales, sino de un sistema organizado de oscuridad y de muerte. Un sistema que busca influir, limitar y oponerse al propósito de Dios en la tierra.

Sin embargo, hay un detalle que no puede pasar desapercibido: las puertas no atacan, resisten. Esto cambia la perspectiva. Jesús no está diciendo que el Hades avanzará contra la Iglesia, sino que la Iglesia avanzará contra un sistema que intentará resistirla. La Iglesia no está a la defensiva, está en posición de avance.

Esto confronta directamente la mentalidad pasiva que se ha instalado en muchos contextos. Se ha enseñado a la Iglesia a resistir, a sobrevivir, a protegerse, como si estuviera constantemente bajo amenaza. Pero Jesús presenta una realidad distinta: una Iglesia que avanza, que establece, que impacta, y un sistema de tinieblas que no puede detenerla.

Pero esta autoridad no es automática ni independiente. Está completamente ligada al fundamento. Solo la Iglesia edificada sobre la roca puede avanzar con esta certeza. Solo aquellos que han recibido la revelación de Cristo pueden operar desde esta posición de vida eterna. Fuera de ese

fundamento, cualquier intento de confrontar las tinieblas y la muerte, se convierte en un esfuerzo humano sin respaldo espiritual.

Esto se ve claramente en el libro de los Hechos, cuando algunos intentaron usar el nombre de Jesús sin tener una relación real con Él, lo cual hizo que los mismos demonios declararan: ***“A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?”*** (Hechos 19:15). Aquí se expone una verdad contundente: la autoridad espiritual no se imita, no se aprende como una técnica, no se toma prestada. Nace de la regeneración, del conocimiento, de la revelación, de la vida.

Las puertas del Hades representan todo aquello que intenta mantener al hombre en oscuridad, en esclavitud, en ignorancia espiritual y en muerte. Representan sistemas de pensamiento, estructuras espirituales, influencias que operan en contra de la verdad. Pero ninguna de esas cosas puede prevalecer contra una Iglesia que ha sido correctamente edificada.

Esto no significa que no habrá oposición. La oposición es real, el conflicto es real, la resistencia es real. Pero la victoria también lo es. No es una posibilidad, es una certeza establecida por Cristo mismo.

Pablo lo escribió de manera muy clara: ***“Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia... para que en todo tenga la preeminencia”*** (Colosenses 1:18). Si Cristo es la cabeza,

y la Iglesia está en Él, entonces participa de su victoria. No lucha para obtenerla, lucha desde ella. Aquí es donde la Iglesia debe ajustar su enfoque. No se trata de pelear para vencer, sino de permanecer en la victoria que Cristo ya obtuvo. No se trata de esforzarse por derrotar al enemigo, sino de caminar en la autoridad que ha sido establecida en Cristo.

Pero nuevamente, esto solo es posible cuando hay revelación. Porque sin revelación, la Iglesia puede conocer estos conceptos, pero no vivirlos. Puede hablar de autoridad, pero no ejercerla. Puede declarar victoria, pero vivir en derrota.

Las puertas del Hades no son derribadas por palabras vacías, sino por una vida alineada con Cristo. No se abren por declaraciones repetidas, sino por la manifestación de la autoridad que proviene de la comunión con Él. Jesús mismo dijo: ***“He aquí os doy potestad... sobre toda fuerza del enemigo” (Lucas 10:19)***. Pero esa potestad está ligada a la relación con Él. No es independiente, no es autónoma, no es manipulable. Es el resultado de estar en Cristo, de vivir en Él, de ser parte de su cuerpo.

La Iglesia que será edificada sobre la Roca Eterna no será intimidada por las puertas del Hades. No retrocederá ante la oposición, no se detendrá ante la resistencia, no se conformará con sobrevivir. Avanzará, no por su fuerza, sino por la autoridad de Aquel que la sostiene.

En ese avance, las estructuras de tinieblas son expuestas, confrontadas y finalmente vencidas. No porque la Iglesia sea poderosa en sí misma, sino porque Cristo, la Roca, es inconmovible y en Él somos más que vencedores **(Romanos 6:37)**. Porque al final, no es la intensidad del conflicto lo que define el resultado, sino la solidez del fundamento. Y cuando la Iglesia está edificada sobre Cristo, no hay sistema, no hay autoridad, no hay poder de las tinieblas que pueda prevalecer contra ella.

Esa es la promesa. Esa es la realidad. Y ese es el llamado: ser una Iglesia que no solo conoce esta verdad, sino que vive, avanza y se establece en ella, edificada firmemente sobre la Roca Eterna.



Capítulo diecisiete

UNA IGLESIA PARA VIVIR NO PARA EXHIBIR

Hay una diferencia radical entre algo que es diseñado para ser vivido y algo que es creado para ser exhibido. Lo primero cumple un propósito, lo segundo satisface una mirada. Lo primero tiene valor funcional, lo segundo valor estético. Y cuando trasladamos esta distinción al ámbito de la Iglesia, nos encontramos con una de las desviaciones más sutiles y peligrosas de nuestro tiempo.

La Iglesia no fue diseñada para ser exhibida, fue diseñada para ser expresada por Dios. Sin embargo, en muchos contextos, se ha transformado en una vitrina. Se mide por su apariencia, por su impacto visual, por su capacidad de atraer, por su organización, por su producción. Se ha convertido en algo que se muestra, que se presenta, que se consume. Y aunque externamente pueda parecer exitosa, internamente puede estar desconectada de su propósito.

Porque aquello que es para exhibición se cuida para ser visto; aquello que es para uso se entrega para cumplir una función. Jesús nunca formó una Iglesia para impresionar al

mundo, sino para manifestar el Reino. Nunca buscó construir algo admirable a los ojos humanos, sino algo útil en las manos del Padre. Y esto queda claro en toda Su vida: no se movió por la aprobación, sino por la obediencia. No actuó para ser reconocido, sino para cumplir el propósito.

Pablo lo expresa de una manera contundente: ***“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:7).*** El diseño es intencional. No somos vitrinas de perfección, somos instrumentos de manifestación. No se trata de destacar el recipiente, sino de revelar el contenido.

Aquí es donde muchos han confundido el propósito. Han intentado perfeccionar el “envase” mientras descuidan el “contenido”. Han invertido en lo visible, en lo externo, en lo que se puede medir, pero han descuidado la profundidad espiritual, la comunión con Dios, la revelación de Cristo.

Y el resultado es una Iglesia que luce bien, pero no necesariamente funciona conforme al propósito eterno. Una Iglesia que atrae, pero no transforma. Que impacta visualmente, pero no edifica espiritualmente. Aquí es donde entra tu ejemplo, que es profundamente revelador: un plato puede ser hermoso, perfectamente diseñado, decorado con detalle, colocado en una vitrina para ser admirado... pero si nunca se usa, no cumple su propósito.

El valor de un plato no está en su apariencia, sino en su uso. Fue creado para servir, para contener, para cumplir

una función práctica. Puede ser sencillo, incluso imperfecto, pero si cumple su propósito, tiene valor. En cambio, uno que nunca es usado, aunque sea impecable, queda reducido a un objeto decorativo.

Así también ocurre con la Iglesia. Puede tener una estructura impecable, una presentación excelente, una organización admirable, pero si no está siendo usada por Dios, si no está cumpliendo su función en el Reino, si no está sirviendo al propósito eterno, entonces ha perdido su esencia.

Y esto es profundamente confrontativo, porque nos obliga a preguntarnos: ¿estamos disponibles para ser usados, o solo estamos buscando ser vistos? ¿Nuestra vida espiritual está orientada al propósito de Dios, o a la aprobación de los hombres? ¿Estamos dispuestos a ser instrumentos, aunque eso implique desgaste, proceso, incomodidad? Porque lo que es vivido, se desgasta. Lo que se vive, pasa por procesos. Lo que es usado, no siempre luce perfecto. Pero cumple su propósito.

Jesús mismo vivió y fue “usado” en el sentido más profundo de la expresión. Fue entregado, fue quebrantado, fue llevado a la cruz. Isaías lo describe así: ***“Despreciado y desechado entre los hombres... varón de dolores, experimentado en quebranto”*** (Isaías 53:3). No había en Él apariencia que atrajera, pero cumplió perfectamente el propósito del Padre.

Y en Cristo está el modelo. La Iglesia no ha sido llamada a brillar por sí misma, sino a reflejar a quien nos dio la vida. No ha sido llamada a destacarse, sino a servir a quien es nuestro Señor. No ha sido llamada a ser admirada, sino a ser instrumento para la gloria de Dios.

Esto no significa que la excelencia no sea importante, ni que lo visible no tenga valor. Pero cuando lo visible reemplaza lo funcional, cuando la apariencia sustituye el propósito, cuando la exhibición desplaza el uso, entonces hemos perdido el rumbo.

La Iglesia que será edificada sobre la Roca Eterna no será una vitrina, será un instrumento. No será un espectáculo, será una expresión. No buscará impresionar, buscará obedecer. Y eso implica una entrega total. Implica estar disponibles, rendidos, dispuestos a ser usados como Dios quiera, donde Él quiera y para lo que Él determine. Implica soltar el control, renunciar a la autoexaltación y abrazar el propósito.

La Iglesia no existe para mostrarse a sí misma, existe para que Cristo sea manifestado. No existe para ocupar un lugar visible entre las religiones del mundo, sino para cumplir una función espiritual vinculada al Reino de Dios, no a una religión. No existe para ser admirada como institución, sino para ser usada por Dios para manifestar Su gracia y Su poder al mundo. Es por eso que debemos funcionar en dicha consciencia corporativa y dependiente.

Cuando esta verdad se establece, todo cambia. La prioridad deja de ser cómo nos vemos y pasa a ser cómo funcionamos. La pregunta deja de ser qué proyectamos y pasa a ser qué estamos cumpliendo. La meta deja de ser crecer en apariencia y pasa a ser crecer en propósito.

Porque al final, no será lo que mostramos lo que tendrá valor eterno, sino lo que hicimos conforme al diseño de Dios. No será lo que impresionó a los hombres, sino lo que fue útil en las manos del Padre. Y esa es la Iglesia que prevalece: no la que mejor se exhibe, sino la que fielmente es usada. No la que busca ser vista, sino la que se entrega para cumplir el propósito eterno.

Una Iglesia que ha entendido que su valor no está en su apariencia, sino en su disponibilidad. Y que ha decidido ser, no una vitrina para el mundo, sino un instrumento en las manos de Dios, edificado firmemente sobre la Roca Eterna.



Capítulo dieciocho

EL IMPACTO DE UNA IGLESIA BIEN FUNDAMENTADA

Cuando el fundamento es correcto, todo lo demás encuentra su lugar. No de manera forzada, ni artificial, ni por esfuerzo humano, sino como una consecuencia natural de una base sólida. Porque el problema nunca ha sido la falta de actividad en la Iglesia, sino la ausencia de fundamento. Y cuando el fundamento es restaurado, el impacto deja de ser una meta y se convierte en un resultado inevitable.

Una Iglesia edificada sobre la Roca Eterna no necesita esforzarse por parecer relevante; lo es. No necesita construir influencia; la ejerce. No necesita perseguir resultados; los produce. Pero no desde la lógica humana, sino desde la vida de Cristo manifestándose en ella.

Jesús lo dijo con una sencillez que encierra una profundidad absoluta: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:4 y 5). Aquí se establece el principio del impacto:

no proviene de lo que hacemos para Dios, sino de lo que Dios hace en nosotros y a través de nosotros.

Esto redefine completamente el concepto de efectividad espiritual. Porque el mundo mide el impacto por números, por visibilidad, por expansión externa. Pero el Reino mide el impacto por fruto, por transformación, por manifestación de Cristo. No se trata de cuánto se hace, sino de qué se produce.

Una Iglesia fundada correctamente produce fruto real. Vidas transformadas, no solo informadas. Corazones alineados, no solo emocionados. Personas que no solo creen, sino que conocen a Cristo. Discípulos firmes, no seguidores temporales.

Este tipo de Iglesia no depende de estímulos constantes para sostenerse. No necesita entretenimiento para retener, ni estrategias para motivar. Su vida no proviene de lo externo, sino de una fuente interna que no se agota. Porque su raíz está en Cristo.

El salmista lo describe de manera hermosa: ***“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae”*** (Salmos 1:3). Observa que no dice que se esfuerza por dar fruto, dice que lo da. Porque está plantado correctamente. La clave no es el esfuerzo, es la ubicación.

Y esto es exactamente lo que ocurre con la Iglesia. Cuando está plantada sobre la roca, cuando su fundamento es Cristo revelado, el fruto es inevitable. No siempre inmediato, no siempre visible al principio, pero real, constante y duradero.

Además, una Iglesia correctamente fundada tiene estabilidad. No se mueve con cada viento de doctrina, no se sacude con cada circunstancia, no se redefine con cada tendencia. Tiene identidad, tiene claridad, tiene dirección. No porque tenga todas las respuestas, sino porque está anclada en Aquel que es la verdad.

Pablo lo expresa así: ***“Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14)***. La estabilidad no viene del conocimiento acumulado, sino de la madurez espiritual que nace de un fundamento correcto.

Pero hay algo aún más profundo: una Iglesia fundada correctamente impacta más allá de sí misma. No vive para sí, vive para el propósito de Dios en la tierra. Se convierte en luz, en sal, en testimonio. No porque lo intente, sino porque lo es.

Jesús dijo: ***“Vosotros sois la luz del mundo... así alumbre vuestra luz delante de los hombres” (Mateo 5:14 al 16)***. La luz no se esfuerza por iluminar, simplemente lo hace porque es su naturaleza. Y cuando la Iglesia está

alineada con su fundamento, su impacto no es un esfuerzo, es una expresión.

Esto también implica que la influencia de una congregación, no depende de su tamaño, sino de su naturaleza, porque al final, es parte de un todo. Puede ser pequeña en número, pero profunda en impacto. Puede no ser visible para todos, pero ser determinante en el ámbito espiritual. Porque el Reino no opera por cantidad, sino por calidad espiritual expresada más allá de un pequeño grupo de personas.

A lo largo de la Escritura vemos esto repetidamente. Un hombre como José impactando una nación. Un profeta como Elías confrontando un sistema completo. Un pequeño grupo de discípulos transformando el mundo conocido. ¿Qué tenían en común? No era su número, era su fundamento.

Hoy, la Iglesia necesita volver a esta realidad. Necesita dejar de medir su impacto con criterios humanos y comenzar a discernirlo desde la perspectiva del Reino. No preguntarse cuánto crece, sino cuánto refleja a Cristo. No cuánto alcanza, sino cuánto transforma. Porque el verdadero impacto no es superficial, es profundo. No es momentáneo, es eterno. No es visible solamente, es espiritual.

Una Iglesia fundamentada correctamente también resiste. No solo produce fruto en tiempos favorables, sino que permanece en tiempos adversos. No se apaga en la dificultad,

no se desvía en la presión. Porque su vida no depende de las circunstancias, sino del fundamento.

Y en medio de un mundo inestable, una Iglesia estable se convierte en un testimonio poderoso. No necesita proclamarse como respuesta, lo es. No necesita posicionarse, su vida la posiciona. No necesita defenderse, su fundamento la sostiene.

Pero todo esto vuelve al mismo punto: el fundamento. Nada de esto es posible sin Cristo revelado. No se puede producir fruto sin permanecer en Él. No se puede tener estabilidad sin estar fundado en Él. No se puede impactar sin ser transformado por Él, porque Él es el fundamento.

La Iglesia que prevalece, que impacta, que transforma, no es la que ha perfeccionado sus métodos, sino la que ha afirmado su fundamento. No es la que ha aprendido a hacer más, sino la que ha aprendido a permanecer firme sobre la Roca eterna.

Volver al fundamento no es retroceder, es avanzar correctamente. Es asegurarse de que todo lo que se construya tenga peso eterno. Es garantizar que el impacto no sea pasajero, sino duradero. Porque al final, lo único que permanece es lo que ha sido edificado sobre la Roca. Todo lo demás, por más impresionante que parezca, será removido.

Una Iglesia fundada correctamente no solo permanece, trasciende. No solo resiste, transforma. No solo existe,

manifiesta el Reino. Y ese es el llamado: no a construir algo grande, sino a ser parte de algo eterno. No a generar impacto desde lo humano, sino a permitir que Cristo, la Roca Eterna, sea manifestado a través de Su Iglesia en la tierra.

Porque cuando Él es el fundamento, el impacto no es una meta... es una consecuencia inevitable.



CONCLUSIÓN

“Volver a la Roca”

A lo largo de estas páginas, no hemos intentado presentar una idea nueva, ni desarrollar un concepto innovador, ni ofrecer una perspectiva más dentro de tantas. Hemos sido llevados, una y otra vez, al mismo punto: el fundamento. No un fundamento teórico, no una base doctrinal solamente, sino una realidad viva, espiritual e inquebrantable: Cristo revelado por el Padre en el corazón del hombre.

Todo lo que hemos visto, la revelación, la roca, la edificación, el propósito corporativo, la obra del Espíritu, la confesión, el conflicto, la autoridad, el impacto, converge en una sola verdad: nada puede sostenerse correctamente si no está fundado en Él.

Y aquí es donde este libro deja de ser una enseñanza para convertirse en un llamado, porque ese es el objetivo en cada uno de mis libros. Quienes leen mis materiales saben que más allá de toda enseñanza doctrinal siempre estoy buscando que el evangelio sea vivido con intensidad. No creo en el simple conocimiento, sino en la manifestación, de la vida que nos ha sido impartida en Cristo. Porque en este caso, no se trata de cuánto hemos entendido, sino de sobre que estamos edificando la Iglesia.

Se puede conocer el lenguaje correcto y aun así estar sobre arena. Se puede participar activamente en la vida de la Iglesia y, sin embargo, no estar verdaderamente fundamentados. Se puede hablar de Cristo sin haber sido transformados por su revelación. Y esa es la tensión espiritual que no podemos ignorar.

Jesús no dijo: “Sobre esta doctrina”, ni “sobre esta estructura”, ni “sobre esta organización”. Dijo: ***“Sobre esta roca edificaré mi iglesia”***. Y esa roca no es otra cosa que la revelación viva de quién es Él. Además debe ser claro que el encargado de la edificación es Él mismo. Nosotros, quienes tenemos una función ministerial, solo debemos oficiar como herramientas divinas para ser efectivos.

Por eso, la pregunta que queda al final de este libro, no es teórica, es profundamente personal: ¿Está nuestra vida edificada sobre la Roca? No me refiero a creer en Cristo, sino a conocer por revelación el fundamento de todo. No me refiero a lo que podemos hablar de Él, sino a la realidad de estar siendo formados por Su vida. No me refiero a nuestra participación de actividades, sino a la correcta alineación conforme a Su propósito.

Porque al final, el tiempo de la apariencia espiritual está llegando a su límite. Las estructuras que no están fundadas correctamente serán sacudidas. Las confesiones que no nacen de revelación serán expuestas. Y todo aquello que fue construido sobre arena, por más sólido que parezca, no permanecerá ante la hostilidad de los últimos tiempos.

Pero esto no es un mensaje de temor, es un llamado a volver. Volver a la roca no es retroceder, es corregir. No es perder lo construido, es asegurar lo eterno. No es comenzar de nuevo, es continuar correctamente.

El Padre sigue revelando al Hijo. Cristo sigue siendo el mismo. El fundamento no ha cambiado. La invitación sigue abierta. No se trata de esforzarnos más, sino de rendirnos más profundamente. No se trata de hacer más, sino de ver más claramente. No se trata de sostener una fe, sino de ser sostenido por la revelación.

Este es el momento de volver al lugar donde todo comienza: la revelación de Cristo en el interior. Allí donde el Espíritu ilumina, donde el corazón es confrontado, donde la verdad deja de ser externa y se convierte en vida. Allí donde la fe deja de ser una idea y se transforma en una realidad inquebrantable. Porque al final, no será lo que hicimos lo que permanecerá, sino el fundamento sobre el cual vivimos.

La Iglesia que prevalece no es la más visible, ni la más activa, ni la más influyente. Es la que está correctamente fundada. Es la que conoce a Cristo. Es la que vive desde la revelación. Es la que ha sido edificada sobre la Roca Eterna. Esa Iglesia no será movida.

Por eso, más que cerrar este libro, esta es una invitación: A dejar la superficialidad y entrar en la profundidad. A abandonar la dependencia de lo humano y abrazar la obra del Espíritu. A dejar de construir desde fuera

y comenzar a ser edificados desde dentro. A conocer a Cristo, no de oídas, sino por revelación.

Porque solo allí, en esa realidad viva, firme e incommovible, la vida encuentra su verdadero fundamento. Y solo sobre esa Roca, todo lo que el Señor edifique permanecerá.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://mí.página.personal) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

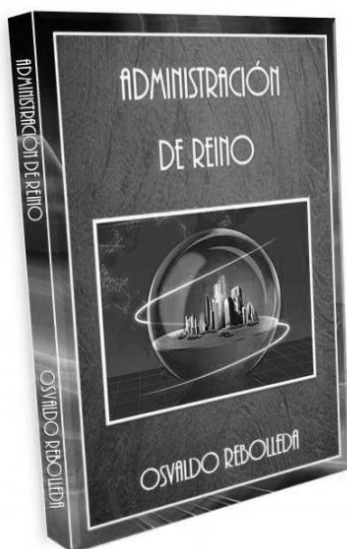
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

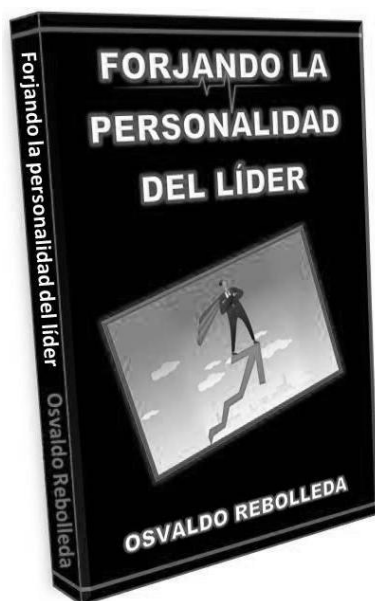
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

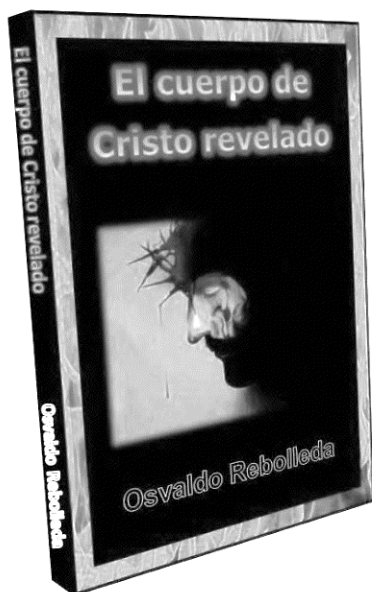
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

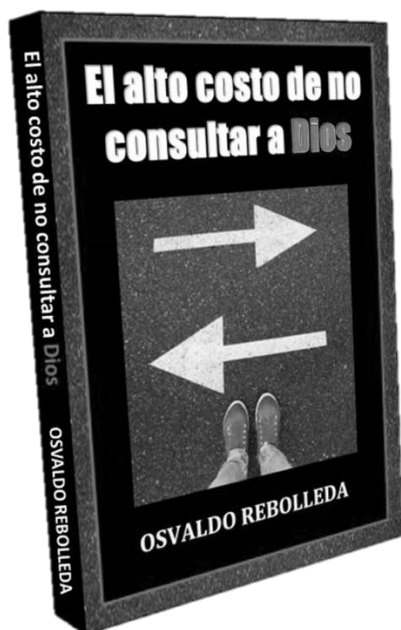


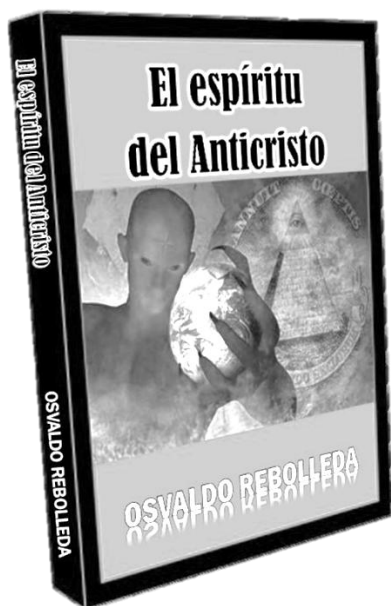
www.osvaldorebolleda.com



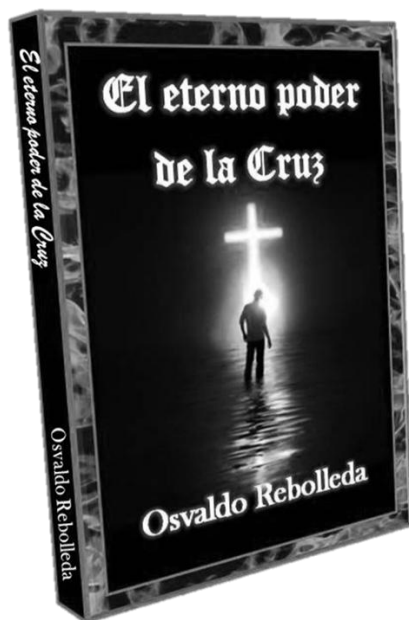
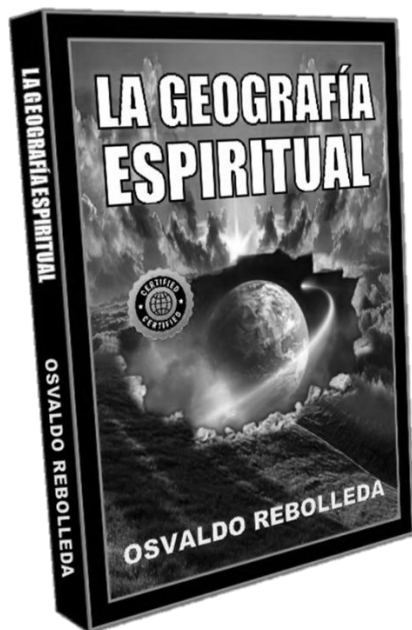


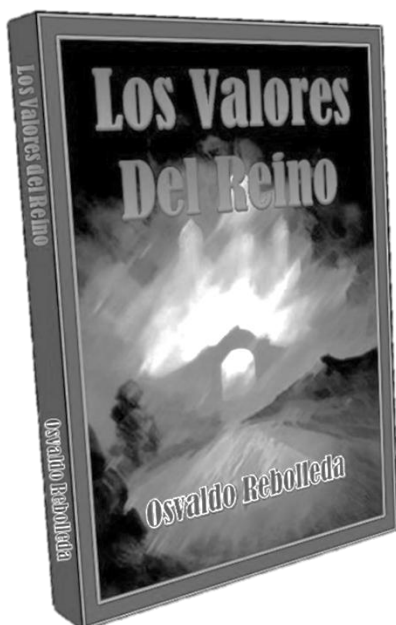
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

